

10066

YÁÑEZ - CARAZONY

LA SEÑORA PRESIDENTA

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL Y EN PROSA



Copyright by. Yáñez - Carazony 1921.

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24.

1921

4



Digitized by the Internet Archive
in 2015

LA SEÑORA PRESIDENTA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays; y compris la Suede, la Noruegue y la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

YÁÑEZ-CARAZONÚ



LA SEÑORA PRESIDENTA

COMEDIA EN TRES ACTOS



Estrenada en el TEATRO LARA, de Madrid, el día 13
de diciembre de 1921



MADRID

Tipografía Mora-Zaballos

Carrera de San Francisco, 9

1921

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ISABEL, 26 años, (La Presidenta).....	LUISA RODRIGO.
TRINI, 20 años, (Secretaria de la Conferencia).....	BLANCA JIMÉNEZ.
REMEDITOS, 18 años, (costurera de la Presidenta).....	RAQUEL MARTÍNEZ.
ROSITA, 40 años, (Tesorera de la Conferencia de San Vicente).....	MATILDE ARMISEN.
JULIA, 26 años, (criada).....	CARMEN CUEVAS.
LUIS, 32 años, (Abogado).....	LUIS PEÑA.
JUAN, 50 años, (criado).....	GONZALO DE CÓRDOBA.
BARÓN DE ANNETO.....	JOSÉ BALAGUER.
DON MANUEL, 40 años, (Alcalde).....	JUAN BENÍTEZ.
MANUEL.....	FERNANDO DELGADO.
DON JUSTO.....	FEDERICO GONZÁLVEZ.
JULIO.....	RAFAEL ACEBAL.
JUANILLO, 20 años, (novio de Remeditos) }	
JOSE, 30 años, (marido de Julia).....	ANTONIO P. INDARTE.
PERICO.....	PEDRO LÓPEZ LAGAR
UN CARTERO.....	ENRIQUE AYMIACH.
UN OBRERO.....	
UN LABRADOR.....	JULIÁN ALVAREZ.

Labradores, Obreros.



ACTO PRIMERO

Habitación lujosa, en planta baja y a la calle, de una casa solariega de pueblo andaluz. No puede decirse que esta habiteción sea el estrado de la casa, ni tampoco un despacho. De todo tiene, y por tener, junto a las magníficas sillas de tapicería y cómodas butacas, hay sillas bajas de enea, para costura. El encanto de esta habitación lo constituye, sin duda, el cierro saliente a la calle, que está en el centro de la pared, lateral derecha del espectador; se presta tanto a estar sentado en los almohadones que cubren el suelo o piso del cierro, que se eleva a medio metro del piso de la habitación para mirar á la calle sin ser visto, gracias a espesos visillos, que pocos son los momentos en que no está ocupado. En la pared, lateral derecha, pequeña puerta franqueable a otras habitaciones de la casa.

Al fondo, puerta que da entrada a la habitación desde el patio, que se ve cuando queda abierta. La cancela que separa el patio del zaguán está próxima a la habitación de la escena, pues se oye el sonoro timbre de la misma al abrirse o cerrarse.

Una mesa antigua de despacho entre la puerta del fondo y el cierro; un sillón y un retrato de caballero de cuerpo entero que cae cerca de la mesa, indican que este caballero retratado, y difunto marido de la Presidenta, también usaba esta habitación como despacho.

Es la caída de una tarde de principios de Junio.

ESCENA I

PRESIDENTA, de pie junto a JULIA. REMEDIOS, sentada en el cierro, cose.

JULIA. Que le han dezagerao, zeñorita... Que no fué tanto... Que ez mentira ezo de que me llegó a pegar...

PRESID. Que sí te llegó a pegar... Es tonto que me lo niegues, cuando sabes que me cuentan hasta lo

que no me importa. ¡Sí, te pegó! ¡El valentón!... Y hasta sé que no ha sido la primera vez. Cuéntamelo todo. Que te maltraten a tí, mi amiga de la infancia, mi criadita de siempre, mi doncella de confianza, me duele tanto, que no estoy dispuesta a consentirlo. Yo no sé qué haré, pero algo haré. Vamos, no seas tonta y cuéntamelo todo.

JULIA. Zeñorita, que cuezta trabajillo decir que el hombre de una no ez bueno; que eze trabajillo se hace más cuesta arriba tener que decirlo a uzté que tanto me dijo que no me cazara con él...

PRESID. ¡Ah! ¿Te acuerdas de mis consejos? Si estaba visto, Julia, visto como la luz del día. Mucho taconear por la asera... pero ir al campo... ¡perdone usté por Dios! Fué siempre un vago y por lo visto, ahora es vago, borracho y jugador...

JULIA. Zi er arcarde y er cura cerraran ezoz marditos cafezez... mi marido zería bueno...

PRESID. Y si la filoxera no hubiera dejado una uva, no bebería... ¡Hasta ahí estamos! El mal no está ahí, el mal está dentro, porque los cafés están abiertos para otros y éstos sólo entran a ratito y de noche. De día, al campo. Tu marido no está de día en el café, porque algo tiene que dormir. De noche, a jugar, a beber y luego a pegar a una mujer tan buena como tú... ¡Qué cosas hasen los hombres!...

JULIA. Ojalá no me hubiera ío nunca de zu caza de uzté... ¡Qué dezgraziá zoy!... (*Llora.*)

PRESID. Pero en estos pueblos hay que casarse. ¿Qué se diría de una muchacha que cumpliera los 22 años soltera? ¡Hasta la llaman mosita viejal... Y te casaste y te fuiste de mi lado con tus ilusiones. ¡Pobrecita! ¡Ya hase cinco años!

JULIA. Juzto, zeñorita, porque mi niña tiene cuatro.

PRESID. Es fecha que no puedo olvidar. A los 21 te fuiste a vivir con ese hombre a quien querías...; a los 21 dejé de estar, porque Dios se lo llevó, al lado de un hombre que no despertó en mi alma esas ilusiones. ¡Nadie sabe qué es mejor!... En fin,

dejémonos de sensiblerías, de cursilerías, según disen todos que son estas cosas, y vamos a arreglar lo tuyo para que ese hombre no te pegue más.

JULIA. Zeñorita, que como digo una coza, digo otra. No puede llamarse pegar, pegar, a un puñetacillo en un brazo, a una bofetadilla... pero, con un palo, yo le juro que nunca me tocó...

PRESID. ¡Sí!... ¡Qué fino!... Nada de palo, ¿eh?... ¡Si hay que darle las gracias!... ¡Infames!... ¡Pegar a mujeres que son todo corasón!... ¡Es cosa que me ataca los nervios! Una vez se me ocurrió echar de comer a mis gallinas, grano a grano; ¡nunca lo hubiera hecho! El gallo, porque es más fuerte, porque es el macho, pegaba sin compasión picotazos a los pobres animalitos, a sus hembras, que antes rondaba con sus cantares y zalamerías. Desde entonces, siempre echo mucho grano y muy abiertos. En cambio hice lo mismo con una clueca... ¡qué diferencial! ¡Cogía los granos, sí, pero para haserlos pedasitos para sus polluelos! Tu marido, el gallo, ¿verdad? y tú la clueca... ¿A que no has comido hoy?

JULIA. (*Débilmente*). Zí, zeñorita...

PRESID. No dices verdad... ¿A que no has comido?

JULIA. Que zí...

PRESID. Que no... ves como te callas. ¡Remeditos!...

REMED. ¡Mande usted!

PRESID. Llégate a la cosina y que frían a ésta un par de huevos.

JULIA. Mande uzted lo que quiera, pero por Dios, no me haga uzted ir a la cocina a comer, que me daría mucha vergüenza...

PRESID. ¡Si lo sé!... ¡Cosa de mujer!... ¡Que mi marido me pegue, que me deje sin comer... pero... que nadie se enterel... Remeditos, te traes los huevos y el pan a esa habitación. (*Señala la de la izquierda del espectador.*) Ahí pasas tú, y en paz. De paso (*A Remeditos*) le dises a Juan que venga ahora mismo. (*Vase Remeditos por la puerta del patio*). Juan irá ahora en busca de tu marido...

- JULIA. ¡Para qué, zeñorita!... ¡Por Dios! ¡No le vaya usted a reñir!
- PRESID. Descuida. ¡No faltaba más! Tengo mi pensamiento. Veremos si tu marido tiene algo en su alma, que valga algo; si no tiene nada, entonses... te vienes otra vez conmigo y en paz.

ESCENA II

Dichos, JUAN y REMEDITOS.

- JUAN. ¡Tanta priza corría, zeñorita, esta llamá!... ¡Con lo que yo tengo que jacer!... Vaya, diga usted pronto, que me eztán ezperando loz arrieroz para cargar el trigo...
- PRESID. Siempre tan fino y tan respetuoso... Lástima te hayas quedado soltero, porque el sielo perdió una mártir que poner en los altares.
- JUAN. Cá uno es como Dios lo jizo. ¡Vaya, diga usted!
- PRESID. Allá vá señor polvorilla. Vas ahora a la calle y no te digo que te pongas el sombrero para salir (*Juan se lo quita*) porque yo creo que no te lo quitas ni para dormir.
- JUAN. ¡Zi no hay naide de la calle!
- PRESID. Gracias por la galantería. Bueno, vas a la calle y buscas al marido de Julia.
- JUAN. ¿Ahora?...
- PRESID. Ahora. (*A Julia.*) ¿A qué café o taberna acostumbra ir tu marido?
- JULIA. Ar del Zardina.
- PRESID. ¿Oyes? (*A Juan.*) ¡Al café del Sardina! Y le dises de mi parte, que como tengo que hablarle, le agradecería viniera ahora o más tarde.
- JUAN. De modo, que a la calle ahora, encima a un café en horaz de trabajo, encima a buzcá ar marío de ésta que ez un vago, y encima de tó que usted le *agradecería* a él, a él, que viniera a hablarle...

¡Yo no voy... y no voy!... ¿Y pa esto me llama usted?...

JULIA. ¡Déjelo usted, que no vayal...

PRESID. ¡Va, y va!

JUAN. ¿Y los arrieros que ezperen, verdad? ¡Azí va esta caza!... ¡Bueno, voy, porque uzté ez el ama... pero, ezo de que lo agradecería, no lo digo por nál... (*Vase puerta fondo y suena el timbre de la cancela.*)

PRESID. ¡Tan bruto es, como bueno... y... cuidado que es bruto! ¡Y hay que aguantarlo! Si mi marido no dijo mil veces que no echara nunca a Juan de la casa, no me lo dijo nunca. Tú, Julia, entra ahí y a comer. Remedios, ve a la cocina, dá la vuelta por la bodeguilla y traele a ésta la comida. Luego, sigues cosiendo. (*Suena el timbre de la cancela. Mutis Julia y Remedios por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III

PRESIDENTA y CARTERO.

CARTE. (*Dentro.*) ¡Cartero!

PRESID. Entra, Pepe. (*Se sienta en el sillón de la mesa de despacho.*)

CARTE. ¿Se puede, doña Isabel?

PRESID. Ya te he dicho que sí.

CARTE. Con su permiso. ¿Cómo está usted? ¿Descansó usted?

PRESID. Bien, gracias. ¿Cuántas me traes hoy?

CARTE. Una, dos, tres, cuatro, cinco... Cinco, señorita.

PRESID. (*Dándole unas perras de una cestilla que está encima de la mesa.*) ¡Ni que fuera Ministro! Esta correspondencia no la puedo ya resistir.

CARTE. ¡Muchísimas gracias! (*Vase.*)

ESCENA IV

PRESIDENTA, a poco REMEDITOS, que pasa al cierro y sigue cosiendo.

PRESID. Veamos estas cartas. (*Mira un sobre.*) Letra conocida, del corredor de Sevilla. (*La abre.*) «Muy señora mía: Tengo el gusto de desirle que se han vendido los garbanzos a diez pesetas más, fanega, de lo que se pensaba. Adjunto el resguardo del Banco, que justifica ingresé quince mil pesetas en su cuenta corriente. De usted affmo. etc....» ¡Oye, Remeditos! ¿Te acuerdas en cuánto calculé la venta de los garbanzos que había en Sevilla?

REMED. Zí, zeñorita: doce mil pesetas.

PRESID. Y luego dice el burró de Juan que esta casa va para abajo. ¿Tú no crees que con esas tres mil pesetas que me han caído como llovidas del cielo, podría yo terminar la dichosa obra del Hospital, a ver si puede ser que las hermanitas se instalen de una vez?

REMED. ¡Qué ze yo, zeñorita! No entiendo de obras.

PRESID. ¡Como tu novio es albañil!

REMED. ¡Qué cozaz tiene uzted!...

PRESID. Veamos otra. (*Mira la firma.*) «Juan Rodríguez» .. ¡No caigo! (*Lee.*) «Mi estimada amiga: Como usted tiene tanta mano con todo lo principal del pueblo, yo quisiera que me le metiera usted mano—¡qué manera de desir!—...al Juez para que mi hijo saliera de la cárcel: apenas hizo ná, una peleilla con otro, le hizo un arañazo con una navajilla, se le enconó la hería y se murió...» —¡una friolera!— «Si usted no se acuerda de mí, le digo que yo fuí el que vendió a su marido, el mismo año que murió, y en paz descanse, la yegua castaña, que buenos mulos ha dao. No me orvíe usted, que los amigos están para las ocasiones...» Nada, que no hay más remedio que *meterle mano* al Juez porque nos vendió una ye-

gua... y lo veré, ¡qué voy a hacer!... ¡Se trata de un padre!... ¡Remeditos! ¡Esta de las Hermanitas!...

REMED. Ahora, lea usted la de todos los días.

PRESID. ¿Cual?

REMED. La del pretendiente... la del cariño...

PRESID. ¡Pobre Remeditos!... cariño... tu albañil, que te quiere porque sí y nada más que porque sí... ¡Ay! los pretendientes de viudas ricas se acuerdan poco de cariños. (*Abre otra carta, que rompe en seguida de leerla, para sí muy a la ligera, la tira al cesto.*) Asertaste. Del Señor Pérez, que insiste en que yo le conseda una entrevista porque, vamos, la labor de mi casa nesesitya un hombre... ¡Qué pena! Estos hombres a casa de viudas disponibles y con disponibles, no se agotan nunca. Llega el resién viudo al café de la capital o casino del pueblo: «Hombre—le dice un cariñoso amigo—¿por quién llevas luto?» «Por mi mujer.» «¿Te dejó hijos?» «No.» «¿Y pensarás casarte? «Hombre, si saliera alguna *cosa* que conviniese...» Fíjate, Remeditos, *cosa*, ¡ni mujer siquieral!...

REMED. Ya, ya...

PRESID. Y ya entra la recomendación del amigo: «En tal pueblo hay algo que pudiera convenirte, etc., etcétera.» La cartita de presentación y lo tenemos en casa...

REMED. Qué cozaz tiene usted...

PRESID. ¿Te acuerdas de aquel don Ricardo que me visitó hace un año?

REMED. Zí, zeñora.

PRESID. Pues a ése, porque le dije: «Mire usted, yo no quiero juntar cortijos ni ovejas... yo quiero juntar almas... almas!..» Aquella noche en el Casino dijo que yo no le convenía porque era una romántica que quería juntar cosas que no se ven.

REMED. ¡Vamos, ¿le parece a usted?

PRESID. Y veamos esta última carta... Sobre elegante, perfumado, sellado en la Corte. ¿De quién será esta letra?... No caigo... (*La abre y mira la firma.*)

«Pilar Iñiguez»... ¿Pilar... Iñiguez?... Nada, que no caigo. (*Lee.*) «Madrid, 29 Mayo 1920. Mi querida Isabel: Has visto el sobre, lo repasas una y otra vez, no caes de quién es la letra; abres la carta, te vas a la firma y lees: Pilar Iñiguez»... Pilar... Pilar... No caigo... ¡Vamos, esta se lo dice todo!

REMEDI. Qué gracia, ella se lo escribe y se lo con-
texta.

PRESID. ¡Por lo visto! (*Sigue leyendo.*) «Pues esta Pilar Iñiguez fué tu condiscípula predilecta en las Barcenillas, de Málaga»... ¡Pilar!... ¡Nada que no caigo! (*Lee.*) «Nada, que no caes»... ¡Y dale con los comentarios! (*Lee.*) «Vuelve la hoja...» ¡Vá-
mos, ya me dice hasta lo que tengo que hacer!... (*Lee.*) «Yo soy Pilar Peñalver»... ¡Acabáral qué alegría, digo yo. Digo, yo no digo nada, porque ya lo dirá ella. (*Lee.*) «Basta de bromas y al grano. Me firmo ahora Pilar Iñiguez porque estoy casada con el respetable Ingeniero don Enrique Iñiguez, de quien tengo una niña que es una preciosidad. Objeto de esta carta: saludarte cariñosísimamente y presentarte a mi hermano Luis, que debes recordar, pues ya grandecitas, te lo presenté en Málaga. Ni bajo ni alto, moreno, de ojos soñadores, fino, hablador, ¿te acuerdas ya?» Moreno, de ojos soñadores... ¡en efecto, algo voy recordando!... ¿Y qué querrá este soñador? (*Lee.*) «Se hizo abogado, y dedicado por completo a estudiar los problemas sociales, quiere documentarse prácticamente para dar una conferencia sobre el problema andaluz, o escribir libros. Algo de esto es. Te recordé, mejor dicho, te recordamos, y a ese pueblo va con esta carta, que llegará a tu poder momentos antes o después de su presentación en carne y hueso. Sabemos que ahí eres la poderosa señora del pueblo, desde que con mucho dinero te dejé viuda tu viejo pariente. Atiende a mi hermano, que está más soñador que nunca, quizás porque saltero y a sus treinta cumplidos, ha llegado sin

desengaños. Nada más. Tu amiga que se complace en reanudar nuestra antigua amistad, y que te besa, Pilar Iñiguez». (*Pausa.*)

REMED. ¡Qué callada se ha quedado usted!

PRESID. Porque es muy interesante (*de pie*), que un soñador venga a este país de sol, de flores, de pasiones, a estudiar esas pasiones y que luego estudie flores y sol... ¡en fin, muy interesantel... (*Pausa.*) Voy a ver si ha comido la tonta de Julia y a dar mi vuelta a la casa y corrales. Si viene alguien me avisas. (*Yendo hacia la puerta de la izquierda.*) De ojos soñadores... moreno... Muy moreno no me parece que era...

ESCENA V

REMEDITOS, JUANILLO (dentro).

REMED. (*Al salir Presidenta, deja rápidamente la costura, levanta un visillo del cierro y toca los cristales.*) ¡Juan!... ¡Juanillo!...

JUAN. (*En la calle.*) Gracias a la Virgen, que creí que tu ama no iba a salir nunca.

REMED. Poz pa ná viene, ni pa ná te he llamao. Lo que ez que me daba mucha láztima que te llevara en la acera de enfrente de pie, porque decirte, no tengo ná que decirte...

JUANI. Ni ziquiera que me quierez...

REMED. Dímelo tú a mí... Mira qué gracia... ¿Qué te paza?

JUANI. Que lo que ez hoy, ¡mecachis!, ¡malagueña tengo el alma!... No vamo a hablar ná. Ya eztán aquí las zeñoritas de la Conferencia. Me arrimaré a la paré para que pazen y no me vean... Ya entran... Ea, niña, hazta otro minuto... ¡Mecachiz!...

REMED. (*Sentándose en el cierro.*) ¡Qué mala suerte! ¡Ahora que me iba a decir que me quería!... (*Suena el timbre de la cancela.*) Ya están aquí estas tontas.

ESCENA VI

REMEDITOS, ROSITA, con un libro de cuentas en la mano, TRINI.

- ROSI. ¿Y tu ama?
REMED. Por ahí dentro está. Si quieren uztedes zentarse, ya vuelve...
ROSI. Sí que me siento. Hoy estoy cansadísima... (*Se deja caer en una butaca.*)
TRINI. (*A Remeditos.*) Mujer, dispensa, pero déjame en el cierro, que tengo que ver una cosa...
ROSI. No es mucho más que una cosa... tu Antoñito...
TRINI. Mira, Rosita, no me molestes...
ROSI. Si yo fuera tu madre... paliza diaria...
REMED. Avizaré a la zeñorita. (*Mutis.*)
TRINI. ¡Menos palizas! Ya zé que no es un partido, pero entre quedarme zolterona como tú...
ROSI. ¡Porque he querido! Los he tenido así, así...
TRINI. Eso pasó hase mucho tiempo y no lo ví... o casarme con Antonio...
ROSI. Aspirante a pretendiente de escribiente del Notario. ¡Excelente porvenir!...
TRINI. Bueno, bueno, ¡déjame en paz! Con eso de que eres prima de mi madre, tienes derecho a todo. (*Levanta un visillo del cierro, toca los cristales y ya se figura que habla con Antonio, a quien no se ve.*)
ROSI. ¡Y que está eso bonito en casa extraña!... Veamos cómo están las cuentas. (*Examina el libro.*) Esta semana hemos gastado un horror de pucherros. No sé de dónde salen tantos enfermos pobres... (*Suena la cancela.*) ¿Quién será?...

ESCENA VII

Dichos y JUAN.

- JUAN. Zeñorita... Po no eztá...
ROSI. ¡Buenas tardes, buen Juan!

- JUAN. Zi yo venía a buscá la zeñorita, pa decirle que ya eztá ahí eze...
- ROSI. ¿Y quién es ése?
- JUAN. Un buen trabajaor que me ha mandao buscá el ama. Vaya, voy a decirle que en la puerta falza ezpera, hazta que ella diga... (*Mutis.*)

ESCENA VIII

ROSITA, TRINI, a poco PRESIDENTA.

- ROSI. Siempre tan fino este Juan... (*Sigue viendo el libro.*)
- TRINI. (*Sofocada y hablando con Antonio.*) ¡Que no y que no!...
- ROSI. Que no, te daría yo...
- PRESID. (*Entrando por la lateral izquierda.*) Hola, Rosita, ¿qué tal? (*Se besan. Mira a Trini que sigue de espaldas hablando con Antonio.*) Digo, ¿qué te parece la secretaria de la Conferensia? Buenas tardes, Trini...
- TRINI. (*Vuelve la cabeza y cual si hablara con Antonio.*) Que no me dá la gana.
- PRESID. ¡Muy bien! ¡Muchas gracias!
- TRINI. ¡Ay! ¡Perdona, Isabel! Creí que hablaba... (*Deja el cierro y besa a Isabel.*)
- PRESID. Pues hija qué calabasas...
- TRINI. Es que a siertas cosas hay que desír que no... ¡Cuidado con los niños, cómo están ahora!...
- PRESID. ¡Y las niñas!..
- ROSI. ¡Eso, y las niñas!...
- PRESID. Y este dichoso sierro parese que lo hisieron, y no lo digo por mí, para amar. Mi costurerita, tú, Lola García todavía no ha llegado y ya está ahí...
- ROSI. Hasta que llegue un día el amo del sierro.
- PRESID. ¿Y quién es ese amo?
- ROSI. Pues el amo del ama del sierro.
- PRESID. Sí... sí... ya eso pasó... y a propósito... vamos... a propósito...

- ROSI. A propósito de qué...
- PRESID. No, no es a propósito de nada. Me equivoqué. Es una notisia que tengo que daros...
- TRINI. A ver, a ver...
- PRESID. Que a estas horas es posible esté ya en la población un abogado joven, madrileño, soñador...
- TRINI. ¿Soltero?
- PRESID. ¡Soltero! (*Llaman suavemente en los cristales del ciërro.*) ¡Que te llaman!
- TRINI. Ahora sí que no me dá la gana. Continúa. ¿Y a qué viene?
- PRESID. ¡A estudiarnos!
- TRINI. ¿A estudiarnos?...
- ROSI. ¿A nosotras, las solteras?... ¿Qué tendré yo que estudiar?
- PRESID. Digo yo, a estudiarnos, porque si él viene a descifrar el problema andaluz, y como disen los hombres que en todas las cuestiones de este mundo hay que preguntar: ¿Quién es ella? Lo natural es que empiese a estudiar el alma de la mujer andalusa. Digo yo...
- TRINI. Y yo.
- ROSI. Y yo.
- TRINI. ¿Tú también? (*A Rosita.*)
- ROSI. ¿Por qué no? (*Suena el timbre de la cancela.*)
- TRINI. ¡Ay! ¿Será él?
- PRESID. Si pasa no es él.

ESCENA IX

Dichos y MANUEL

- MANU. ¡Hola, niñas!
- PRESID. Gracias a Dios que se te ve por esta casa... Parece mentira. Desde que te hisieron alcalde, no hay quien pueda hablar contigo. ¡Tantas cosas como tengo que desirtel...!
- MANU. Perdona, primita, estoy ocupadísimo. La alcal-

día dichosa, mi labor, mi casa, el bufete, me traen de cabeza. Como que he venido a pedirte un favor.

ROSI. ¿Estorbamos?

MANU. De ningún modo.

PRESID. Usía dirá.

MANU. Apea el tratamiento. Recibo hoy carta del Gobernador civil anunciándome su llegada para dentro de tres o cuatro días si el conato de huelga de segadores no se arregla; yo creo que lo arreglaríamos solos y mucho más si tú mediaras.

PRESID. Déjame de tonterías. ¡Soy acaso hombre!

MANU. ¡Pues tendrás que intervenir! Tú, ¡como no tienes nunca huelga!...

PRESID. Pues aprended de mí...

MANU. De tí no podemos aprender los padres de cinco hijos. Ya hablaremos más despacio de esto. El Gobernador se empeña en venir y no sé para qué...

TRINI. Déjelo usted. Así tendremos cosas que ver y de qué ocuparnos. Hasta fiestas, ¿verdad, señor alcalde?

MANU. Para fiestas estamos. Viene acompañado de su primo, el secretario particular, y de nuestro Diputado. Yo alojaré en casa al Diputado, porque es amigo antiguo; pero a los otros, no. Josefa, con tanto chico, no podría atenderlos. He pensado en tí, porque al fin y al cabo esta es la casa solariega en que se hospedan los Obispos, los coroneles de la Guardia civil y hasta recuerdo que otro Gobernador. Es casi, y sin casi, un derecho adquirido. ¿Conque sí o no?

PRESID. No me gustan estos huéspedes de tan alta etiqueta. ¿Estarán pocos días?

MANU. Creo que sí.

PRESID. Bien, les dejaré el piso alto y este despacho.

MANU. La habitación del Gobernador, que sea coquetuela, porque es soltero...

TRINI. ¡Soltero! (*Llaman otra vez a los cristales del cerrro.*) ¡Que no me da la gana de salir!...

PRESID. Y se dan noticias de solteros.

- MANU. ¡Ah! primita, la habitación del Secretario, que también es soltero...
- TRINI. Y van tres... (*Vase al cierro y dice a Antonio.*) Hemos concluído las relaciones... y adiós...
- MANU. Ponla junto a su jefe.
- PRESID. ¡Todo se hará como manda el señor alcalde!
- MANU. Aquí el alcalde lo eres tú, y nada más que tú...
- ROSITA. ¡Esa es la verdad! Nuestra Presidenta lo es todo.
- PRESID. Por Dios, dejadme de tonterías...
- MANU. Perdóname, que no puedo estar aquí más tiempo. Adiós, prima, y muchas gracias... Ya ultimaremos detalles... ¡Rosita, adiós! Trini, quédate con Dios... Ya sabes ¡tres solteros!..
- TRINI. Descuide usted, que tengo buena memoria. (*Mutis Manuel.*)

ESCENA X

PRESIDENTA, ROSITA, TRINI

- ROSITA. Digo, Isabel, que como es tarde, si te parese, dejaremos las cuentas para mañana.
- TRINI. Eso, y mañana diré a ustedes lo que tenemos pensado para la tómbola de este año.
- PRESID. Conforme. También ahora tengo yo que haser con un vago que me está esperando. (*Timbre de la cancela.*) (*Pausa.*) Sin duda es forastero. Los del pueblo no se detienen, entran todos como en su casa.
- ROSITA. Porque nos tienes mal acostumbrados.
- TRINI. ¿Si será el madrileño? ¡Con esta facha!...
- ROSITA. Yo no estoy presentable...

ESCENA XI

Dichos y REMEDITOS, que entrega una tarjeta a la Presidenta.

- PRESID. (*Leyendo.*) «Luis de Peñalver, Abogado, Serrano, 67, Madrid.»

- TRINI. A mí no me ve así, sin arreglar. Quién iba a figurarse...
- ROSITA. Vieja y todo, es la verdad, que no quiero que me vea tan de pueblo. .
- PRESID. Marcharos por esa puerta y dar la vuelta por la cosina. Y es el caso que tampoco estoy arreglada...
- TRINI. Tú siempre estás hermosísima... Adiós.
- TRINI. Adiós...
- PRESID. (*A Remedios.*) Que pase. Nada, que tampoco estoy vestida para visitas de etiqueta.

ESCENA XII

PRESIDENTA, LUIS.

- LUIS. Señora, ¿cómo está usted?
- PRESID. ¿Bien, y usted?... Siéntese...
- LUIS. Supongo en su poder la carta de mi hermana presentándome a usted, presentación casi excusada porque yo recuerdo a usted perfectamente.
- PRESID. Hase un momento tuve el gusto de leer su carta.
- LUIS. ¡Mi carta!
- PRESID. Digo, de su hermana. Me acuerdo mucho de ella... éramos inseparables en el colegio. Le presentaré a usted a los señores de este pueblo, y tengo la seguridad de que lo atenderán y le darán toda clase de datos para lo que se propone estudiar.
- LUIS. Si yo creo, Isabel, que quien más datos me puede dar es usted.
- PRESID. No, señor. ¡Qué se yo de libros y de cuestiones sociales o no sociales!
- LUIS. Usted es labradora, y labradora rica. Claro que ahora, no, en esta primera visita sería inoportuno; más adelante, el día que usted quiera, será tan bondadosa que me diga si tiene o no conflictos, cuántos obreros tiene, si tiene tierras arrendadas, si la renta es subida, qué hace usted con los viejos...

PRESID. Vamos, una especie de examen de consiensa entre dos...

LUIS. Eso es. Así conozco por usted el capital. Luego voy al Centro Obrero, allí pregunto por la conducta de usted y de los demás labradores; les interrogo acerca de sus pretensiones, me informo de sus viviendas, de su cultura, de sus jornales, etc., etc., y así espero formarme cabal juicio de este problema andaluz, que es para mí la cuestión más importante de España.

PRESID. Le reitero que estoy a su disposición, pero busque usted a otro labrador. No sé si porque soy mujer, y mujer sola y con pocas necesidades, o porque les inspiro una respetuosa compasión, es lo cierto que yo no tengo conflictos, que en mi casa no hubo nunca conatos de huelga...

LUIS. Eso sí que es interesante. Si usted es labradora rica y no tiene conflictos, usted es la solución del problema... ¿Ve usted? Ya casi es inútil ver a nadie. Usted es la clave. Verá usted cómo en mis libros y en mis conferencias, yo, robándole a usted el secreto, voy a causar asombro. ¿Qué hace usted para no sufrir los vaivenes de esta agria cuestión?

PRESID. ¡Si yo no hago nada nuevo ni nada extraordinario!... Mis jornaleros y mis colonos están contentos conmigo y yo con ellos. Será suerte o providencia, pero es lo cierto que nos hemos reunido: ellos, que no son ambisiosos, y yo, y en esto quizás consista mi especialidad, que poco necesito. Que no me paga uno la renta, espero a otro año; que la cosecha es mala, me contento con la mitad; que la pastora tiene hijos y cae uno enfermo, ¿qué trabajo me cuesta que de casa le lleven el caldo?; que son viejos, ¡les doy modesto retiro! Y como ellos, digan lo que digan, son buenos y agradecidos, así... así me las voy arreglando. Vamos, ¿quiere usted que haga una prueba a su presencia?

LUIS. Interesantísimo. ¡Venga esa prueba!

PRESID. Verá usted: El marido de una mucha que siempre

estuvo en la casa y a quien quiero mucho... es un vago, con los adornitos de borracho y jugador... ¡Hasta pega a la pobresita mujer!... Me entero hoy de esta grasia de pegar... y le he llamado. A hablarle iba cuando usted entró. ¿Quiere usted que hablemos con él?

LUIS. ¡Hermoso programa! ¿Y qué pretende usted?

PRESID. Por lo pronto, lo primero de lo primero, que no pegue más a su mujer. Luego a ver si le hago honrado y trabajador.

LUIS. ¿Y de qué medios va usted a valerse para convertir a un andaluz vago y borracho en hombre trabajador?

PRESID. Creo difícil conseguirlo. Lo intentaremos... ¡Remedios! . . ¡Remedios! (*En la puerta del patio.*)

ESCENA XIII

Dichos y REMEDITOS

REMED. ¡Zeñorita!

PRESID. Dí al marido de Julia que venga. (*Mutis Remedios.*)

ESCENA XIV

LUIS, PRESIDENTA

LUIS. ¿Va usted a reñirle?...

PRESID. No.

LUIS. ¿Le dará usted dineros?

PRESID. Dineros... vamos, dineros, dineros, tampoco... Sí quiero hacerle trabajador...

ESCENA XV

Dichos y JOSÉ

JOSÉ. ¿Pueo entrá?

PRESID. Pasa, pasa...

JOSÉ. Buena tarde...

LUIS. Buenas...

PRESID. Pasa, hombre, pasa. Siéntate aquí, siéntate... Cuando te lo digo yo... El señor es de entera confianza. Ha venido a hablarme de un asunto y para no haserte esperar te he llamado. Tengo que desirte...

JOSÉ. ¡Uzté habló conmigo, zeñorital... A uzté le han dicho cozaz que no zon...

PRESID. No me han dicho nada.

JOSÉ. Laz mujeres, y no ez por uzté, tienen la lengua larguilla ..

PRESID. Te repito que nada me han dicho. Yo sólo quiero hablar contigo de un negocio..

JOSÉ. ¿Negocio conmigo, zeñorita? Uzté con un hombre que no tié ná... ¿De qué negocio va a hablar?

PRESID. ¿Y tus brazos?

JOSÉ. Hablar de ganar un jornal en zus tierras no ez negocio...

PRESID. Tampoco se trata de eso. Para eso te hubiera hablado el aperador. Se trata de que tu trabajo sea para tí, y un poquito para mí.

LUIS. (¡Participación en la ganancia. Es solución!)

JOSÉ. Uzté dirá...

PRESID. Verás. El tío Pedro deja la huerta del Alamo. Ya está viejo y tiene sus ahorros.

JOSÉ. Y zi no tiene ahorros, tiene la caza de uzté. Lo zabemo toz en el pueblo. .

PRESID. Total, la deja. ¿Quieres tú ser mi colono? Ya sabes que mis colonos lo son para toda la vida.

LUIS. (Arrendamiento indefinido. También es solución.)

PRESID. Entrás en la huerta, te pongo la misma renta, que religiosamente me tienes que pagar. ¿Te conviene el trato?

JOSÉ. Zeñorita, zi yo no he zío nunca hortelano... zi no tengo metálico ni pa empezá...

PRESID. Aquí estoy yo. La huerta es buena, tiene buena casa, arboleda, se riega bien... Allí puedes vivir con tu mujer y tus hijos, con tu mujer, tan lim-

pial ¡tan hacendosa, tan económica...! Te quitas del pueblo, trabajas, ahorras y te haces un hombre de provecho. Te doy dineros para una yegua...

JOSÉ. ¡Una yegua, zeñorital! ¡Ezo ez mucho!...

PRESID. Con su cuenta y su rasón. La cría de la yegua para los dos. Verás, José, qué bien vas a estar con tu mujer, queriéndoos mucho; con tus hijos, tranquilo, trabajador...

LUIS. (Habla ya una mujer con un alma muy grande.)

PRESID. Si te estoy viendo, José... Al amanecer cargas tus hortalisas en el serón, el serón en la yegua, y ensima del serón tú... al pueblo, para llegar el primero y a la plasa, a dar voses... lo mejor lo tuyo, ¡qué rábanos! ¡qué coles!...

JOSÉ. ¡Zeñorital!...

PRESID. Y al bolsillo dos perras y otras dos, y una peseta y el bolsillo engorda que da gusto. ¡Se vendió todo! El serón vacío vuelve a la buena yegua... al campo, a la huerta... ¿Oyes? Y cuando pases por el café sierra los ojos, ¿eh?

JOSÉ. ¡Qué buena ez uztél!...

PRESID. Y qué alegría, José, cuando des vista a la huerta, y tus chiquillos te vean; salen corriendo a tu encuentro... al uno lo coges y lo montas delante, al otro detrás. En la puerta de la casa, está tu Julia, limpia como el oro y con la sonrisa en los labios...

LUIS. (Esta es Andalucía... Corazón, corazón.)

PRESID. ¿Lo has vendido todo?, te pregunta, «Tó», le dices tú, «Aquí tienes dos duros», y vas ahorrando un día y otro, y me pagas la yegua—que no se te olvide—y la yegua tuya. En seguida a trabajar otra vez, a comer y a dormir tranquilo... ¡Lloras, José?

JOSÉ. Nadie me ha hablado en el mundo así. ¿Por qué no me hablarían antes? ¡Zeré zu hortelano, zeré trabajador, voy a queré a mi mujer y a bendecir a uztél!...

PRESID. ¡De modo que trato hechol!...

JOSÉ. Hecho del tó. Renta, la que usté quiera...

- PRESID. (*A Luis.*) ¿Qué me dise usted de mis vagos andaluses?
- LUIS. Que con dueñas como usted, ¿dónde está el conflicto? ¿Dónde? Le habla usted de su yegua, de sus ahorros, de su mujer, de sus hijos y se echa a llorar, porque va a ser colono.
- PRESID. Bien, José. Quedo muy contenta de tí. Mientras tanto entras en la huerta, ya sabes que en mi casa hay trabajo para tí.
- JOSÉ. Dende mañana mismo. Zeñorita, adiós. Usté lo paze bien. (*Por Luis. Mutis José.*)

ESCENA FINAL

PRESIDENTA, LUIS.

- PRESID. ¿Ha sacado usted algún provecho? (*Pausa.*) ¡Qué callado se ha quedado usted!
- LUIS. Conque provecho. ¿Tiene usted alguna otra huerta disponible?
- PRESID. ¿Para qué?
- LUIS. ¿Para qué? Para ser yo el colono de usted, el hortelano...
- PRESID. ¡Qué gracia! ¿Y la hortelana?
- LUIS. ¡Es verdad! Me falta la hortelana, que es lo más principal, la vida y el alma del hortelano. Mi afición a éstas cosas me ha hecho viajar por España. En todas partes he encontrado cosas feas y cosas hermosas.
- PRESID. Y aquí también.
- LUIS. ¡Aquí, cosas feas!... Se leen cosas de Andalucía, del país de las flores y del sol y de la gracia y de las mujeres hermosas y del vino generoso; encantos, en una palabra.
- PRESID. ¡Calma, señor andaluz! Que aquí no tiene aplicación aquello de que para muestra con un botón basta... Estudie usted otros tipos y otros hombres y verá cómo las pasiones y las bajezas existen. Ahora está usted bajo la impresión de lo que quizás no sea real.

- LUIS. Sí, encontraré defectos... todo el mundo los tiene... Andalucía los tendrá, pero ahora Andalucía me la represento como una mujer hermosa y buena, y por ello, no lo dude usted, Isabel, hay que querer a Andalucía.
- PRESID. Que siempre le merezca la misma impresión queremos las andalusas.
- LUIS. Dejo a usted, y que le conste, que me voy muy gratamente impresionado... Adiós, Isabel...
- PRESID. Adiós. (*Mutis Luis.*) Se va muy impresionado... y ¿de qué se irá impresionado?... Yo me quedo... también... impresionadilla. (*En la puerta del patio.*) ¡Remeditos!...
- REMEDI. ¡Zeñorita!...
- PRESID. No me dejes más sola.

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I

BARÓN DE ANENTO, paseándose. JULIO, sentado a la mesa y escribiendo.

- BARÓN. Lee esa cuartilla para la prensa...
- JULIO. (*Leyendo.*) «Ayer mañana llegó a esta población el digno Gobernador civil, Sr. Barón de Anento...»
- BARÓN. Pára un poco: *Dignísimo Gobernador*: son dos sílabas más, que valen mucho...
- JULIO. Igual dá.
- BARÓN. ¡Cál «Gobernador» a secas, mal Gobernador; y «dignísimo Gobernador» casi parece ya «buen Gobernador...»
- JULIO. ¡Bien, como quieras! (*Escribe*), *ísimo...* (*Lee*), «para buscar solución a la difícil huelga de segadores...»
- BARÓN. No y no... ¡Cualquiera diría que has sido noticiero de un periódico de la Cortel!... La huelga es *importante, alarmante e imponente...* ¿Sabes? Y no bajo un *ante* por nada del mundo.
- JULIO. Es una exageración que no puede justificarse. Aquí, apenas pasa nada. Con un poquito de diplomacia hoy mismo la dejas arreglada...

BARÓN. Todo lo que quieras; pero un Gobernador que se precie de algo, debe arreglar huelgas imponentes. Las meramentes difíciles se dejan a cargo de Alcaldes y Tenientes de la Guardia civil. Y sobre todo, que diciendo eso, mi papel es siempre airoso...

ULIO. O no.

BARÓN. O sí. Si la huelga es importante, alarmante e imponente, el Gobernador que arregla huelgas de estas es Gobernador de una vez. Que no la arregla el Gobernador, no es de Dios, y sólo Dios arregla huelgas imponentes, alarmantes e importantes... ¿Te convences?

JULIO. Convencido. Allá van todos los *antes y entes*... (*Escribe y después sigue leyendo.*) «En la estación, distante cinco kilómetros, no bajarían de dos mil personas...

BARÓN. ¿Dos mil?

ULIO. El pueblo tiene ocho mil.

BARÓN. Bueno, bueno... Pon tres mil...

JULIO. (*Escribe.*) «tres mil» (*Lee*) «los que esperaban a la primera autoridad que fué cariñosamente saludada al descender del vagón...

BARÓN. «Calurosamente vitoreada», estaría mejor... Bien está, sigue.

JULIO. (*Leyendo.*) «Sin detenerse, ocupó, con el simpático Alcalde, don Manuel Fernández...»

BARÓN. Sí es simpático...

JULIO. (*Leyendo*), «...el coche, que enjaezado a la andaluza, la acaudalada y distinguida señora viuda de López de Hoyos, había mandado para que lo condujera a su casa, en que se hospeda...» (*El Barón mueve la cabeza en sentido negativo.*) ¿No?...

BARÓN. No, y no. Mal de redacción y pobre de conceptos. ¿Acaudalada y distinguida... a secas, a una mujer como nuestra Patrona? ¡Quíá! Ahí tienes que echar el resto: bellísima, distinguidísima, magnífico coche, magníficos caballos... y magnífica casa... ¡Pues no faltaba más!... Julio... mírame a la cara...

JULIO. Te miro.

BARÓN. ¿No notas ojeras de insomnio?

JULIO. Sí, algo se ven. Tu primer viaje de Gobernador, la huelga...

BARÓN. Eres tonto...

JULIO. Muchas gracias.

BARÓN. Pero tonto en redondo... Tú crees que a un hombre como yo, cuarentón, sabiendo que todas estas cosas se van, que los aplausos y las enhorabuenas por soluciones más o menos acertadas son efímeras, y por añadidura, con un pequeño patrimonio, ante la agradable sorpresa de una mujer hermosa, y tan rica... ¡Las cosas claras! ¿Va a dedicar un momento a la huelga, que ya se arreglará si quiere? Ahora, dicho esto, mírame otra vez a la cara... ¿Estas ojeras, de qué son? ¿De Gobernador en vísperas de acontecimientos sociales, o de hombre que ve... así, de pronto, un brillante porvenir?...

JULIO. ¡Pero, chico! ¿Qué dices? ¡Tú, pueblerino, tú labrador... ja... ja!...

BARÓN. Nada, que eres tonto de remate. Yo, cortesano, yo sonriendo con olímpica tranquilidad a la cesantía de Gobernador; yo Diputado a Cortes, yo en buena casa, yo abonado a teatros, yo en automóvil, y yo elegantizando a una hermosa mujer, y yo feliz... ¿Tengo o no razón para no dormir?...

JULIO. Tanta, que quizás esta noche yo no duerma...

BARÓN. Ni que lo pienses siquiera; tú dormirás y te vendrá muy ancho. La huelga ya comprenderás que es imposible se arregle en tres o cuatro días... Pondremos telegramas oficiales al Ministro de «mal se presenta esto»... luego... «ya hay mejores impresiones»... «se acentúan las impresiones optimistas»... «Tengo inmensa satisfacción decir a V. E. que huelga arreglóse y yo arregléme.»

JULIO. Piénsalo despacio y no te corras con estas señoras de pueblo, que saben más que Cajal... Te seguiré leyendo...

BARÓN. ¡No, para qué! Tráeme de mi habitación el apun-

te que me dieron sobre legislación de huelgas, colonias agrícolas, seguro de paro, etc., etc., pues no me acuerdo una palabra y tendré que adornar con toquécitos de esta clase el discurso del banquete.

JULIO. Bien. (*Se levanta.*) (*Mira el reloj.*) Las cuatro... Ya sabes que de cuatro a cuatro y media tenemos citada a la Comisión del Centro obrero.

ESCENA II

Dichos y PRESIDENTA, por la puerta lateral izquierda del espectador.

PRESID. ¡Ahl Perdonen; no me acordaba que esta habitación, ahora, no me pertenezca... Continúen ustedes trabajando.

BARÓN. De ningún modo. Esta habitación, y no es chiste ni galantería, es de usted... y muy de usted... Además, acabo de redactar a Julio el amplio informe que doy al Gobierno de S. M., sobre esta pavorosa huelga...

PRESID. No tanto, señor Gobernador...

BARÓN. Para usted, no; ya me dijeron anoche que los chispazos no llegarían a usted...

PRESID. Ni a nadie. Ya lo verá usted.

BARÓN. Lo veremos, señora. Estos hondos problemas sociales-agrarios, son muy hondos, porque tienen hondas raíces... El capital... el trabajo... el trabajo... el capital... siempre en pugna... Julio, llégate por los apuntes que te dije. (*Mutis Julio.*)

ESCENA III

PRESIDENTA y BARÓN.

PRESID. En esta tierra... en otra no sé, ni me importa, haga usted que los propietarios sean un poquillo generosos... porque las exigencias de la vida mo-

derna así lo requiere, y verá usted qué buen camino llevan los sucesos.

BARÓN. Sin duda... pero... qué conversación tan fea para una mujer tan hermosa.

PRESID. Muchas gracias por su favor...

BARÓN. Justicia. Esta noche he pensado mucho en usted...

PRESID. ¿Sí?...

BARÓN. ¡Sí! ¿Cómo puede amoldarse, me he dicho, una mujer como usted, tan distinguida... tan hermosa?...

PRESID. ¡Otra vez!...

BARÓN. ¿Cuántas veces se dice, y se dice, porque es verdad, que el sol calienta? ¿Cómo, repito, puede vivir en un pueblo, sin lucirse, sin gozar y sin disfrutar de las delicias de la Corte, una mujer como usted?

PRESID. ¡Y tan dichosa y contenta como estoy! Tan acostumbrada a esta vida, tengo tanto cariño a mi casa, a mi campo, a mis criados, a los colonos, a todo lo que me rodea... Creo que llevarme a Madrid sería si no un suplisio, por lo menos una gran contrariedad... Madrid me gusta mucho, es muy hermoso, pero es demasiado grande para una cateta...

BARÓN. ¿Cateta usted? Que se cree usted eso. Además, eso de ir a Madrid, sería según... Vaya usted a la Corte en compañía de un hombre que a usted gustase y ya vería usted...

PRESID. (¡Es verdad!... ¡Madrid con Luis!)

BARÓN. ¿Qué piensa usted?

PRESID. Que pudiera tener razón.

BARÓN. De modo, Isabel..., que si usted encontrara ese cortesano ideal... ¿se iría usted a Madrid?

PRESID. ¡Quién sabe! Pudiera ser que el cortesano se quedara aquí...

BARÓN. ¡Es difícil que se amoldara!... ¡Ahora, que usted puede tanto!... con esos ojos... con esa dulzura, con esa bondad, con esa distinción...

PRESID. No sabía yo que los Gobernadores eran tan galantes.

- BARÓN. También los hay patateros. Sí, Isabel, usted debe ir a Madrid. Tiene usted condiciones tan...
- PRESID. ¡Si me conose usted desde ayer... qué sabe!
- BARÓN. ¡Qué importa! A los hombres que pasamos de los treinta y cuatro y que, por nuestra posición social, hemos visto mucho, nos basta un día para conocer a una mujer y para comprender, por su experiencia, que ciertas impresiones, hasta entonces desconocidas, pueden hacerse dominadoras y avasallantes, precisamente porque no se sintieron nunca...
- PRESID. (¡Dios mío!... ¡Que se me va a declarar este hombre!... ¡Qué hago yo!)
- BARÓN. Y no se sintieron, ni en la Corte, ni en los viajes por el extranjero, ni en las playas elegantes... ¿Y por qué, dirá usted, es esto? ¿Por qué hablo yo así?
- PRESID. No sé... no sé... de esas cosas entiendo poco. *(Se levanta.)*
- BARÓN. ¿Cómo puede entender poco de estas cosas quien supo inspirar...
- PRESID. (¡Que se me declara! ¡Qué fresco! ¡Ah!... ¡Qué idea!...)
- BARÓN. ¿Quién supo inspirar esas impresiones...?
- PRESID. Repito que no entiendo palabra de esas quimeras... Y ya que estamos solos, y perdonando usted la libertad que me tomo, voy, hablando de la prosa de la vida, a permitirme haserle una pregunta reservada...
- BARÓN. Usted dirá.
- PRESID. ¿Usted será abogado?
- BARÓN. Sí... pero, con toda sinceridad, como no he ejercido... no sé si podré resolver con acierto lo que desea.
- PRESID. Pues verá usted: aquí no he querido hablar con nadie... en los pueblos todo se cuenta... ¿Ve usted que parese que soy tan rica?
- BARÓN. No me he fijado.
- PRESID. ¡Ay! En mí, por desgrasia, se cumple el refrán de dineros y santidad, la mitad de la mitad.
- BARÓN. ¿Sí... sí...?

PRESID. Sí, Gobernador; mi marido, años antes de casarse, tuvo dos o tres cosechas infames. ¿Quién no se acuerda de aquellos años en que ni siquiera se trillaron mieses en los campos andaluses? ¿No recuerda usted esas calamidades?

BARÓN. ¡Caray! ¡Sí, algo recuerdo!

PRESID. Malísimos años. Mi marido, para salir del aprieto, fué a Sevilla y pidió prestados ochenta mil duros. No pagó los intereses y al morir, la deuda ascendía a cerca de dos millones de reales.

BARÓN. Respetable, muy respetable...

PRESID. Yo, sin desir una palabra a nadie, he ido pagando intereses; pero ahora el prestamista me exige el pago de la deuda o que le hipoteque mis fincas. Y yo, conste que no es cobrarle el pupilaje, quisiera que me enterase usted bien, que es eso de hipoteca, qué perjuicios puedo tener, etc. ¡Y por Dios, mucha reserva!

BARÓN. La cosa es seria, muy seria.

PRESID. ¿Eso cree usted?

BARÓN. Es de lo único que entiendo, de hipotecas; pero sería preferible que consultase usted con el Notario; ellos tienen obligación de guardar secreto.

PRESID. Sí, señor; es lo mejor, no había yo caído, y muchas gracias, ¿eh?

BARÓN. No hay de qué.

PRESID. Desíamos antes...

BARÓN. Decíamos antes... antes...

PRESID. Hablaba usted, y por sierto muy bien, de impresiones desconocidas, vamos, extrañas en almas de cortesanos.

BARÓN. Eso es, de ciertas impresiones extrañas en cortesanos; y también le decía, que los madrileños se amoldan mal a la vida de los pueblos, a ese quietismo desesperante.

PRESID. Me parece que usted no viviría aquí...

BARÓN. De ningún modo...

ESCENA IV

Dichos y JULIO

JULIO. ¿Estorbo?

PRESID. No, señor.

BARÓN. No, no estorbas.

JULIO. (¡Malo!) Aquí tienes los apuntes.

BARÓN. No, no los dejes. Me los llevo a la habitación y allí estudiaré el problema con más calma en tanto vienen los obreros. Con su permiso...

PRESID. Usted lo tiene...

BARÓN. Hasta ahora, señora. (¡Maldita trampa! ¡Una mujer tan hermosa!)

JULIO. (¡Qué cambio!) (*Mutis Barón y Julio*).

ESCENA V

PRESIDENTA.

PRESID. ¡Ja... ja...! Se acabaron las extrañas impresiones. ¡Qué desahogo! ¡Ha sido una magnífica idea! Dar calabazas a un Gobernador, al huésped, era muy duro... ¡Ja... ja..! (*Repentinamente se pone seria.*) (*Pausa.*) ¡Demonio de idea! Para el Gobernador muy bien, pero... ¿la empleo con Luis? ¿Se lo digo? ¡No tengo valor! Porque... ¡qué horrible sería para mí que ese hombre hiciera lo mismo! ¡Y adiós sueño! ¡Adiós ilusión! Si él, a pesar de *mi ruina*, me quisiera... ¡Qué tranquilidad para mi alma! ¡Qué alegría! Y el averiguarlo está en mi mano. ¿Me atrevo? ¿No me atrevo? (*Se va acercando al cierre.*) Es la hora de su visita. Me desido: se lo digo...; que me quiere a pesar de mi deuda..., entonses *con él*... Que no me quiere... ¡No, no lo puedo pensar!...

ESCENA VI

PRESIDENTA y REMEDITOS

REMEDI. ¡Zeñorita!

PRESID. ¡Dí!

REMEDI. Como ze acerca la hora en que viene el zeñorito Luiz, ya eztoy aquí, por zi le parece a uzted que me traiga la coztura y me quede...

PRESID. Que te quedes aquí hoy, que te quedes... dises... tú... aquí...

REMEDI. O me voy... lo que uzted quiera... Además, como lo huézpidez eztán aquí... ya no ze queda uzted zola.

PRESID. Bien, vete. ¡Sea lo que Dios quiera! (*Mutis Remeditos. Levanta un visillo del cierro*). ¡Ya viene Luis..., ya entra..., ya suena el timbre..., ya está aquí!...

ESCENA VII

LUIS y PRESIDENTA.

LUIS. Con su permiso, Isabel.

PRESID. ¡Pase usted! (*Luis mira debajo de la mesa, en el cierro y en todas partes*). ¿Qué busca usted?

LUIS. Bus... busco al centinela, a esa costurerita que está incrustada en el cierro... Y no está... no está, ¡gracias a Dios!

PRESID. Si tanto le interesa a usted, la llamaré...

LUIS. ¡No, por Dios! No deja usted nunca que le hable a solas, y ya comprenderá que no voy a desperdiciar la ocasión... Isabel, yo tengo que hablar con usted.

PRESID. Del problema andaluz, de obreros... y de rentas. Pues empiese. Usted pregunta y yo contesto.

LUIS. No voy a hablarle de ninguna de estas cosas, que en Madrid me interesaban mucho y aquí, por culpa de usted, nada...

- PRESID. ¿Por mi culpa?
LUIS. ¡Por su culpa!... Vine aquí a estudiar un problema con afán, con interés, con vehemencia; pero llego al campo de operaciones, y en el primer día, Dios quiso, o la Patrona de este pueblo, que sintiera una impresión tan fuerte, tan extraña...
PRESID. ¡Un cortesano sintiendo una impresión fuerte, en un pueblo!...
LUIS. Tan fuerte, que desalojó de mi alma y de mi corazón y hasta de mi cabeza, mi interés por aquel problema que aquí me trajo. Para problema, el mío... que porque está latente... necesita una pronta solución... ¿Y sabe usted por qué?
PRESID. No caigo.
LUIS. Porque es el problema de mi vida, ¿lo oye usted, Isabel?... El problema de mi vida... ¿Cae usted ahora?
PRESID. ¡Tampoco! Soy muy torpe.
LUIS. ¿Que no? ¡Eso no es verdad! Si todos en el pueblo, porque yo no he tratado de ocultarlo, saben que estoy enamorado...
PRESID. ¿Sí? ¡Qué me cuenta usted!... (*En tanto se acerca a la mesa para tocar un timbre*). (¡Allá va y sea lo que Dios quiera!) (*Toca el timbre.*)
LUIS. ¿Qué hace usted?
PRESID. Llamar a Remeditos...
LUIS. Es una llamada tan significativa... tan triste... para mí... que bien está... ¡llámela usted!
PRESID. Es sólo para darle un recado. (Así no hay un cambio violento en la conversación).
LUIS. (No entiendo a esta mujer.)

ESCENA VIII

Dichos y REMEDITOS.

- REMEDI. ¡Zeñorita!... ¿Traigo la coztura?
PRESID. No; es sólo para que estés ahí, en el patio, junto a la cansela, para que si viene la señorita Trini, la pases a mi habitación y no aquí... Pronto esta-

rán el Gobernador y Comisiones y todos estorbaremos. ¡Nada más!

REMEDI. (Ya empiezo a estorbar). (*Mutis*).

ESCENA IX

LUIS y PRESIDENTA.

LUIS. ¡Qué prevenida es usted! Hasta en momentos... que yo creí serían solemnes para usted. Con tanto corazón al parecer, ¡y qué cabeza para prevenirlo todo!

PRESID. A propósito de cabeza... (¡Allá va!) Había estado varias veces para consultar a usted como abogado, un asunto, pero la verdad, no me había atrevido a molestarle.

LUIS. (¡Qué oportunidad de consulta!)

PRESID. Se trata de que aquí, donde usted me ve... no es oro todo lo que reluce... ¡Ahí tiene usted lo que son las cosas, las apariencias engañan!... Estoy apuradísima... tengo una deuda importante... la hizo mi marido...

LUIS. ¿Y le apremian a usted? ¿Le exigen el pago inmediato? ¿Es de mucha importancia la deuda?

PRESID. ¿Si es de importancia? ¡Vaya!...

LUIS. ¡Usted dirá!

PRESID. El crédito es... de... de cinco mil duros...

LUIS. ¿Y por eso se apura usted? Yo los tengo para usted...

PRESID. (¡Le he dicho tan poco!)... La verdad... la verdad... que la deuda es mucho más grande, llega a serca de... de veinte mil duros.

LUIS. ¿Y por qué no me ha consultado usted en otra ocasión?

PRESID. No tenía confianza...

LUIS. ¡Mal hecho!... ¡Mal hecho!... (¡Qué mujer!)

PRESID. ¿Mal hecho?... ¡Quisás sea menos!

LUIS. Sea lo que sea... es el caso...

ESCENA X

LUIS, PRESIDENTA, TRINI.

- TRINI. ¡Ay! Perdonen... Estaba la cansela abierta y me colé... ¿Estorbo? ¿He venido a interrumpir? (¡Ay! ¡con éste ya no se cuenta!)... ¿Me voy?
- PRESID. Nunca estorbas. Consultaba a Luis un asunto de abogasía...
- LUIS. Me hacía este honor... (*Disgustado.*)
- TRINI. (A otro perro con ese hueso.) Nada... continúen en la consulta... ¡Ay! ¡Presidencial!
- PRESID. ¿Qué quieres desir?
- TRINI. Nada; que subiré arriba... a tu habitación y desde el balcón veré lo que pasa en la calle, que está así... de gente...
- PRESID. (*En el cierro.*) ¡Es verdad!... ¡Cuántos hombres! Son los obreros que vienen a ver al Gobernador... Creo que todos vamos a estorbar...
- LUIS. Sin duda, vámonos...

ESCENA XI

Dichos, GOBERNADOR, JULIO

- BARÓN. (*Entrando.*) No... no se marchen... ¿Cómo está usted desde anoche, señor Peñalver?
- LUIS. ¿Bien y usted?
- BARÓN. Algo rendido.
- PRESID. Nos vamos.
- BARÓN. No se marchen... su presencia facilitará la solución... y usted, señor Peñalver, aunque sólo sea a título de amateur de estas cuestiones, tampoco debe irse.
- TRINI. Total... que la que estorba soy yo...
- BARÓN. Para una muchacha tan mona...
- TRINI. Muchísimas gracias, señor Gobernador.
- BARÓN. Estas cuestiones son enojosas...
- TRINI. Entonces, al balcón...

JULIO. *(Al pasar Trini por su lado.)* Si puedo, le haré compañía...

TRINI. Muy bien. ¡Gracias a Dios!... A ver si me toca uno de los tres.) *(Mutis Trini.)*

ESCENA XII

Dichos, menos TRINI

BARÓN. ¡Julio... que pase la Comisión!... ¿Oyes? Lo menos numerosa posible... Muchos ni caben y dejarían un olor... ¿No le parece a usted? *(A la Presidenta.)*

PRESID. Lo que usted quiera. A mí no me molestan.

BARÓN. *(A Julio.)* Tres, o lo más cuatro.

JULIO. Bien. *(En la puerta del despacho.)* El señor Gobernador tendrá mucho gusto en recibir a la Comisión del Centro obrero. Con tres o cuatro que pasen es bastante... Pasen... pasen...

ESCENA XIII

Dichos, MANUEL, OBREROS 1.º, 2.º, 3.º, y 4.º

MANU. ¿Da uzía permizo?

OB. 1.º ¿Da uzía permizo?

OB. 2.º ¿Da uzía permizo?

OB. 3.º ¿Da uzía permizo?

OB. 4.º ¿Da uzía permizo?

BARÓN. ¡Adelante... todos... adelantel!

MANU. Buenaz tarde, zeñores... ¿cómo está uzía?

BARÓN. Muy bien, ¿y ustedes?

MANU. Bien tooz. *(Le da la mano al Gobernador, y éste demostrando que no le hace mucha gracia el saludo, procura cumplir con la punta de los dedos, pero Manuel le coge toda la mano y le dá un apretón.)* Y la familia güena ¿verdá?

BARÓN. Todos bien. *(Los otros obreros van dando todos la mano al Gobernador que cada vez demuestra*

estar más contrariado, procurando disimuladamente limpiarse la mano con el pañuelo.)

MANU. ¿Y ozté, zeñorita, güena?

PRESID. Bien, ¿y tú, Manuel? ¿Tu mujer y tus hijos buenos, verdad?

MANU. Toz güenos. Ya zabe ozté, zeñorita, que aunque yo soy el Presidente del Centro obrero, con ozté no va ná. Ozté para nozotros ha zío ziempre una zanta, y a las zantas ze le reza y en paz.

PRESID. Nada... ustedes están en su derecho y ya verán cómo el señor Gobernador les escuchará y les atenderá.

BARÓN. En efecto, yo les escucharé con mucho gusto.

MANU. Muchas gracias, zeñó Gobernaó...

BARÓN. Voy a mandar traer unos apuntes... Oye, Julio, toma este pañuelo y me traes otro bañado en colonia... (*Mutis Julio.*)

ESCENA XIV

Dichos, menos JULIO.

BARÓN. Bien, señores. El Gobierno de S. M., a quien me honro en representar, tiene no *ya* predilección, no *ya* cariño, y sí *ya* verdadera debilidad por el obrero andaluz, por el jornalero... por el hombre que resiste el sol, la lluvia... (*Los obreros se miran unos a otros, mueven la cabeza, se sonrien, casi se rien.*) ¿Se rien?

PRESID. ¡Manuell! ¿Os reís?

MANU. Uzía perdone... Nozotros de uzía no noz reimos y meno en ezta caza...

BARÓN. ¿Entonces?

MANU. Noz reimoz porque veníamo prevenío a ezo del cariño de loz Gobiernoz, que la verdá, que no lo creemos...

BARÓN. ¿Cómo no? Este Gobierno que yo represento, me atrevo a asegurar, quiere más al obrero que al patrono.

MANU. Pué que zí, pero que no lo vemo...

BARÓN. ¿Que no? ¿Y mi presencia aquí? ¿Y mi llegada aquí? ¿Y mi estancia aquí?...

MANU. Loz cariño del Gobierno a loz obrero, ze parece, ¿cómo diría yo, zeñó Gobernaó, pa que tóz noz entendiéramos?... Ar cariño de las madrez dez-preocupaz.

LUIS. Veamos esto.

PRESID. Fíjese usted, Luis. (*Al oído.*) Que Manuel es listo...

LUIS. Estoy pendiente de Manuel...

BARÓN. (*A Manuel.*) Diga usted.

MANU. Verán uztéz. Laz madrez zon de doz clazez: madre que dan de mamar al niño antes que llore, y madre que no dan de mamar al niño hazta que no llora y patalea. Loz Gobierno noz quieren mucho... Tó er mundo noz quiere mucho... pero zi no noz juntamos y chillamos con zu miaja de amenaza, zi no lloramos, porque e eze ez nueztro llanto, loz Gobierno no ze acuerdan de noztroz, zeñó Gobernaó...

BARÓN. Es que los Gobiernos no pueden dar todo lo que ustedes quieren.

MANU. Ez verdá que noztroz queremos mucho... ahora no... ahora poco...

BARÓN. De modo que las pretensiones de ustedes en esa huelga...

MANU. Ezta huelga ze arregla pronto...

PRESID. ¡Ya se lo decía yo a usted! ¡Estos hombres son... nada... nada! Una mujer en estas cosas no debe intervenir... ¿Verdad, Luis?

LUIS. Si usted habla, soy todo oídos.

MANU. Ezo, zeñorita, hable uzté.

BARÓN. ¡Hable usted!

PRESID. Iba a decir esto. Que estos hombres que aquí ve usted (*al Gobernador*) como los que se han quedado en la calle, son buenos...

MANU. Porque uzté es buena pa tó...

PRESID. No es eso. Es porque en este país, digan lo que digan, en otro no sé, no hay tierra abonada para hombres malos, para hombres que asesinan. En las fábricas, en las minas, en los talleres, junto al fuego de las máquinas, con la cara llena de car-

bón, debajo de tierra, medio asfixiados, en sitios donde no se respira ni se ve el sielo, el odio y el rencor cresen hasta el atentado; aquí, señor Gobernador, no; estos hombres se calientan, esta es la palabra, en el Centro Obrero. Luego, al otro día, salen al campo hermoso, ven el sol... y los odios y rencores de la noche, se van apagando como la luz de las estrellas.

LUIS. (Al oído.) Así, así habló usted el primer día que yo la conocí.

PRESID. Démosle a cada uno un pedaso de tierra que cultivar, y no hay, yo se lo aseguro, los conozco bien, artista en el mundo que gose entre su obra tanto como ellos ante su labor.

MANU. Ezo, señó Gobernaó, tierra que zembrá, aunque zea con zu cuenta y zu razón... ezo queremos, como lo otro está lejo, noz contentamo ahora con poco.

BARÓN. ¿Qué es lo otro?

MANU. Lo otro ez un cambio para que nozotroz que eztamoz debajo de toz, ocupemoz el lugar que correponde a lo que zuztenten a toa la humaniá..

BARÓN. Eso está muy lejos.

MANU. Claro que eztá lejo...

LUIS. Es un problema... difícil de resolver.

BARÓN. Ya se lo decía yo. ¿De modo, señores, que ustedes están dispuestos a transigir?

MANU. Zí, zeñó, y pa no canzar máz, ¿estáiz conforme, muchachoz, en que lo que haga doña Izabel, la zeñorita, ze quea jecho?

TODOS. ¡Conformes!...

PRESID. ¡Ah! Yo no sé si aceptar... ¿Qué le parece, Luis?

LUIS. Si usted acepta, yo seré su asesor.

PRESID. Acepto.

LUIS. ¡Muchas gracias!

BARÓN. Bien, señores, yo me felicito por la solución que ha tenido el conflicto y haré saber al Gobierno el raro caso de que el arbitraje está en una mujer... en una mujer hermosa.

MANU. Zeñó Gobernaó, quede uzía con Dió; nozotroz

también decimos *con Dió...* Zeñorita, adióz. Lo que usté jaga, jecho quea... (*Todos se despiden.*)

ESCENA XV

LUIS, PRESIDENTA, JULIO, que entra al salir los obreros y BARÓN.

- JULIO. ¡Toma! (*Al Barón.*) Los apuntes y el pañuelo.
BARÓN. Ya ni el pañuelo, ni apuntes. ¿Dónde has estado?
JULIO. En un balcón mirando a la calle.
PRESID. ¡Ya, ya!
LUIS. Muy bien, así se aprovecha el tiempo.
BARÓN. Ahora, si parece a ustedes, oiremos a los patronos.
PRESID. Patronos... esta palabra huele a discordia, a lucha... digamos a labradores. A ellos les hablará mi asesor.
LUIS. No, usted. Las mujeres en que domina la cabeza al corazón, aunque parezca a veces lo contrario, hablan mejor que nosotros, los que hablamos más con el corazón.
PRESID. ¡Usted habla con el corazón! ¡Allá veremos!
LUIS. ¡Bueno, lo veremos!
BARÓN. Julio, que pasen los labradores. ¿Así se dice?
PRESID. Así.
JULIO. (*En la puerta.*) ¡Señores, pueden ustedes pasar!

ESCENA XVI

Dichos, D. MANUEL, D. JUSTO, LABRADORES 1.º y 2.º

- D. MA. ¿Se puede, señor Gobernador?
BARÓN. Adelante, señores.
D. MA. (*Al Gobernador*) Tengo el gusto de presentarle a estos señores, mis amigos, labradores impor-

tantes del pueblo. (*Saludan con una inclinación de cabeza al Gobernador y afectuosamente a la Presidenta.*)

BARÓN. Y yo tengo mucho gusto en saludarles, en nombre del Gobierno de S. M., que represento, y que tan decidido está a defender los sagrados intereses de los propietarios, a quienes quiere más que al obrero.

D. MA. Como antes que nosotros han conferenciado los obreros, si parece al señor Gobernador, podríamos partir de esa conferencia...

BARÓN. Sí, me parece, y habiendo ellos encargado a un labrador que resuelva la huelga, creo este asunto terminado...

LAB. I.^o ¿A un labrador?

BARÓN. ¡O labradora!

D. MA. ¡Mi prima! ¡Tú!...

JUSTO. ¡Tú!...

PRESID. Sí, yo... y he aceptado, sobre la base que este señor sea mi asesor...

D. MA. ¡Ah! Con asesor y todo...

BARÓN. Aquí no nos privamos de nada. (*Intencionadamente, a la Presidenta.*) De modo que usted dirá... mejor dicho... usted falle. .

JUSTO. No, señor, no estamos conformes con la designación de árbitro...

PRESID. ¡Muchas gracias, don Justo!

JUSTO. Cómo quieres que te aceptemos, si te inclinarás al lado de ellos y perderemos la partida, porque queramos o no, lo que tú digas se hará. Ahora, señora Juez, que para fallar és preciso oír a las dos partes...

PRESID. Hable esa parte...

JUSTO. Poquísimo ha de ser. A nosotros nos gustaría dar, no ya el jornal que nos piden, sino el doble... ¡Ojalá! Pero no puede ser porque esa concesión sería el principio de nuestra ruina. Es muy bonito eso de la democracia, del altruísmo, de rasgos de generosidad y de reparto de tierras, sobre todo de ese ideal reparto de tierras que predicán abogados con crecidas minutas, que no

reparten, y políticos que no reparten el sueldo. Es muy bonito decir esto desde confortables gabinetes, con calefacción central... pero, señores, ¿por qué regla de tres los labradores que luchamos con el frío, con los hombres y hasta con las inclemencias del tiempo, no hemos de disfrutar del bienestar que disfrutan los consejeros de Compañías, abogados, médicos, industriales y hasta los dueños de cafés?

PRESID. ¡Cómo exagera usted!

D. MA. No exagera. Como todos los mortales, queremos dar a nuestros hijos carrera, vestirlos, darlos comodidades, y nada de ello es posible si los jornales suben o nos despojan de nuestra hacienda. Natural es que ellos quieren estar mejor, natural es que nosotros no queramos estar peor.

PRESID. Mira, Manuel, una cosa es tener lo bastante, y otra que lo que sobra de estar bien se dedique a estar mejor...

JUSTO. Esto lo dices ahora. Si te casaras, a pesar de tu bondad, quería yo verte quitando a tus hijos un duro o *un gusto*, para repartirle entre extraños.

D. MA. (*Con intención.*) Y aun sin hijos, en cuanto su marido no se amoldara a vivir en un pueblo...

PRESID. Habláis de cosas que no han pasado

BARÓN. Ahora, lo principal es saber si aceptan ustedes o no, el arbitraje de esta señora.

D. MA. Claro que sí.

JUSTO. Lo dicho, dicho queda, para que ella y su asesor piensen un poco.

BARÓN. Huelga arreglada. Voy a cursar los consabidos telegramas.

D. MA. Deje usted eso para luego. Ahora, queríamos obsequiar a usted con un modesto lunch en los salones del Ayuntamiento; después visitaríamos nuestra magnífica iglesia.

BARÓN. Bien, como ustedes quieran. Así dejaremos a solas para que mediten al árbitro y su asesor.

LUIS. Ya procuraremos dar una luminosa solución.

D. MA. Con permiso, señores. Tengo que decir aquí en un aparte, una cosa a mi prima. (*Vienen a primer*

término Manuel y Presidenta, formando corro en la puerta del foro el Gobernador y demás personajes.)

PRESID. Dí, ¿pasa algo?

D. MA. Te dejamos a solas con tu asesor para solucionar la huelga.

PRESID. No te preocupe, cuestión de dos reales más o menos de jornal.

D. MA. No me preocupa, y de ello no era el hablarte. Quiero, Isabel, que pienses y medites, no la solución de la huelga, sino la solución de tu problema con este hombre, que te hace el amor tan a cartas vistas.

PRESID. ¿Tú crees que está enamorado?

D. MA. ¡Con qué alegría lo dices! Yo creo que merece estarlo; pero también creo que eres demasiado rica, para que tu riqueza pase desapercibida. No tienes padres, ni hermanos.

PRESID. ¡Por desgracia, soy libre!

D. MA. Libre, a medias, tienes a tu pueblo que te adora.

PRESID. ¡Ah! ¡Mi pueblo de mi alma!

D. MA. No podemos exigirte el sacrificio inmenso de que no realices tus ilusiones.

PRESID. Si todavía no hay nada.

D. MA. ¡Todavía! Ya ves, si la cosa está clara: yo no cumpliría con mi deber, no de pariente, sino de Alcalde; jamás lo seré tanto como en este momento, al pedirte, como te pido, en nombre de nuestro pueblo unido como un solo hombre, que no nos abandones.

PRESID. ¡Por Dios, Manuel! ¡Cómo puedes pensar que yo abandone a mi pueblo!

D. MA. Será, desgraciadamente, lo probable.

PRESID. ¡O no!

D. MA. ¡Allá veremos! ¡Señores! ¡He terminado!

BARÓN. ¿Se conquistó al Juez?

D. MA. ¡Ojalá! Pero está muy duro de pelar. Adiós, prima. Usted lo pase bien. (*A Luis.*)

BARÓN. ¡Hasta luego!

JUSTO. Adiós... adiós...

D. MA. Adiós... adiós...

ESCENA FINAL

LUIS, PRESIDENTA.

PRESID. (*Pausa*). (¡Dos cosas, Virgen de los Remedios, que este hombre me quiera y que quiera a mi pueblo como yo le quiero!)

LUIS. (Voy a despedirme de la única mujer que supo inspirarme algo extraordinario. ¡Qué se le ha de hacer!) Isabel...

PRESID. ¡Luis!

LUIS. (*Pausa*.) Creo que nos restan dos cosas que ventilar: la una, prosaica, la consulta de usted sobre una deuda...

PRESID. (¡No se le olvida!)

LUIS. La otra, hermosa, como toda obra altruista, la de la huelga...

PRESID. Sí que es hermoso hacer el bien al prójimo...

LUIS. No lo niego... Ahora, que para que el altruismo deje en nuestras almas el dulce sabor de haber hecho bien al prójimo, es preciso que nuestras almas no estén sedientas de un bien para ellas.

PRESID. ¡Oh! ¡Cómo se eleva usted!...

LUIS. ¡Sí, tiene usted razón!... Me elevé demasiado. Vamos al asunto que tanto interesa a usted: al de la deuda... decía usted...

PRESID. Ya le dije que debo... ¿no recuerda usted lo que debo?...

LUIS. Ni recuerdo, ni tiene importancia la cantidad; aquí lo importante es el hecho. Debe usted equis cantidad, pues pague usted equis cantidad, y en paz...

PRESID. Es que pagando, baja ese capital que la gente se figura.

LUIS. Pues tiene usted paciencia... ¡Ojalá que del mismo modo que paga usted esa deuda, pudiese pagar...!

PRESID. ¿Qué, Luis?...

- LUIS. ¡La enorme cantidad de ilusiones que inspiró usted a un hombre!
- PRESID. Y que han desaparecido, ¿verdad?
- LUIS. ¿Qué le importa a usted que hayan desaparecido?... Está ya solucionada la consulta... Nos resta la huelga... esta noche, haciendo un gran esfuerzo, estudiaré algo que sea una novedad. Escrito lo traeré a usted mañana, y si lo acepta, mañana tarde tendré el sentimiento de despedirme de usted para Madrid.
- PRESID. *(Con marcado disgusto.)* ¿Se marcha usted?
- LUIS. Me marchó a curarme y a olvidar...
- PRESID. ¿Olvidar?... ¿A quién?...
- LUIS. ¡A usted!...
- PRESID. ¿A mí, Luis? ¿Por qué quiere usted olvidarme?
- LUIS. Porque, mire usted Isabel. Quería irme sin unas calabazas claras, pero no hay remedio... Me marchó... dígalo usted bien, porque quiero a usted con toda mi alma... ¿Lo oye usted?
- PRESID. Sí, señor.
- LUIS. *(Pausa.)* ¿Y se calla usted?
- PRESID. ¿Qué quiere usted que diga? Como usted no me pregunta...
- LUIS. ¡Ah! ¿Quiere usted que le pregunte? Pues allá va... Isabel... ¿me quiere usted?... *(Pausa.)* Si pregunto y también se calla, no sé como entenderla... Veamos otra pregunta: ¿En este pueblo se conoce el refrán de que quien calla otorga?
- PRESID. Sí, señor, que se conose... ¡por eso me calló!...
- LUIS. ¡Qué alegría!... ¡Qué alegría tan grandel!...
- PRESID. Pare usted... No haga exclamaciones; ya somos mayorsitos... Una cosa es que nos podamos querer... y otra que esto pueda seguir adelante...
- LUIS. ¿Quién puede impedirlo? ¡Usted es libre, yo también! Tenemos edad, salud y posición para ser felices! ¿Quién puede impedirnos esta felicidad?
- PRESID. ¡Mi pueblo!
- LUIS. ¿Su pueblo?
- PRESID. Sí, mi pueblo... Yo no quiero que avancemos más sin antes resolver este punto. Supongamos que esto que principia, siga adelante... adelante...

vamos, por sus pasos naturales... ¿dónde viviríamos?

LUIS. ¡Naturalmente que en Madrid!...

PRESID. ¿Y por qué no aquí, en Villamagna?... ¡Dejar esto va a costarme tanto sentimiento!... Abandonar a los que me quieren, no seguir las obras del Hospital... ¿Por qué no aquí?

LUIS. Aquí... aquí... Fíjese usted: yo tengo que dejar mis ilusiones, y mis aspiraciones; el bien lo mismo puede hacerse desde aquí que desde Madrid, venimos todos los años y todo arreglado...

PRESID. ¿Cree usted que lo mismo puede hacerse el bien desde aquí que desde Madrid? Estando lejos, en otro mundo tan distinto, ¿cómo se remedian necesidades que no se ven? ¡Si usted supiera lo que acaba de desirme mi primo Manuel! Pero, ¡como por otro lado voy a estorbar a usted sus aspiraciones!...

LUIS. Y que voy a Madrid con grandes alientos de trabajar en pro de este pueblo, de su clase pobre...

PRESID. En Madrid dicen que se olvida todo...

LUIS. O no... Le propongo una cosa... estilo yanqui... ¡Ahora mismo lo va a resolver la suerte!... (*Se va a la mesa.*) Aquí en este papel (*escribe*), el nombre del pueblo «Villamagna»... en este (*escribe*) «Madrid»... Los dos iguales... ¿Se atreve usted a tirar de uno?... ¿Que sale Villamagna?... ¡Villamagna! ¿Que Madrid?... ¡Madrid!

PRESID. No, no me atrevo... ¡Vaya!... ¡que no me atrevo!...

LUIS. ¡Tenga usted y yo tiro!...

PRESID. ¡No, que usted los conose!...

LUIS. Metámoslos en este cestito.

PRESID. ¡Eso! ¡Y con los ojos cerrados!... Usted tira de uno...

LUIS. Bien. (¡Dios mío! ¡Madrid!...)

PRESID. (¡Dios mío! ¡Villamagna!...) (*Luis saca un papel.*)

LUIS. (*Leyendo.*) ¡«Madrid»!

TELÓN

FIN DEL SEGUNDO ACTO



ACTO TERCERO

La escena es un gabinete lujoso en una casa de Madrid. Puertas al fondo y laterales.

En una o dos mesas habrá varias figuritas de porcelana o biscuit. Una de ellas será un caballo.

ESCENA I

JUAN y REMEDITOS

(El primero a pesar de su traje de americana, su cuello alto y corbata, se le conoce bien su origen pueblerino; en cambio Remeditos, tan bien peinada y calzada, con su traje de doncella y falda sumamente corta, está ya tan madrileñizada, que sería difícil conocer en ella a la modesta y pueblerina costurera del primer acto. Ambos con plumeros, limpian la habitación.)

REMED. ¡Cuidado, señó Juan, con romper un muñequito, que cualquiera vale un dinerall! Y que no sería el primero que cayera en sus manos...

JUAN. ¡Ni el último! ¡Ojalá no queara uno! ¡Mira este caballejo!... *(Lo coge.)* ¡Qué mono! ¿No dicen los señoritoz mono a toas las cozas? Yo le traje de la tienda... malos ratoz he pazado en Madrí... pero como ezte, pocos...

REMED. ¿Qué le pazó?

- JUAN. ¿Te parece poco pazar, largar por ezo tres billetes de veinte duros?
- REMED. ¿Y qué?
- JUAN. ¿Y qué?... Que ezto ez un contra Dio; ¡zezenta duros! què ze gastó el ama en un caballo que no es caballo ni na. ¿Y zabez tú por qué hace esto? porque está en Madrí; en el pueblo, con estos zezenta duros hubiera hecho una obra de caridá.
- REMED. Siempre con la misma cansión... Como que este caballo no está hecho por gente que gana un jornal.
- JUAN. Zi lo zé... que este barro, o lo que zea, ze ha trabajao con las manos; lo que hay que vé ez el dinerual que ha dao la zeñorita y lo que vá a mano del obrero... ¡Lo menos cuarenta duros de dife-rencial!...
- REMED. Bueno, bueno, así es el mundo y así será siempre. ¿Y usted por qué se queja? Tiene buena cama, come tó lo que quiere, viste bien... y luego... luego... ¡que estamos en este Madrid tan hermosol!...
- JUAN. ¡Ezo ez lo que me zobra... Madrí!
- REMED. ¡Tan bonito como es, con unas calles tan lindas, y con unas tiendas y unos teatros!... ¡Y lo que se baila... y lo bien que se pasa en el cine!...
- JUAN. Ya, ya te veo que cá vez te gusta más, ¡y zabe en qué te lo conozco?
- REMED. ¿En qué?
- JUAN. En que ca vez te pone la farda maz corta; ar primer año la farda en el tobillo; en el zegundo a lo más gordo de la pantorrilla, y en este tercero que empezamos, ya hemos pazado lo más gordo...
- REMED. La llevo como la llevan *todas las chicas*. (*Imitando el acento madrileño.*) También lleva usted cuello alto planchado y en el pueblo no lo llevaba...
- JUAN. ¿A qué llamas tú cuello... niña?
- REMED. ¿A qué?... ¡A qué va a ser... a esto! (*Le dá en el cuello un papirotazo y suena a duro.*)
- JUAN. Ezto no e cuello... ezte e er martirio más grande que han inventao los hombres... ezto e un tambó liao al pezcuezo... Cuando vaya una zemana zan-

ta ar pueblo le diré a los que mandan promezaz de meterze garbanzo en los zapatos para ir en la prozezi3n de penitencia... «¿Muchachoz, queréis martirizaroz para ganar la gloria? ¡Ponerze un cuello arto armidonao...!»

REMED. ¡Qué grasiosol! ¡Bien que le cae a ustél!..

JUAN. No zabía yo que lo que le juré al amo- viejo... «Muérase usté tranquilo. Que yo le juro que no me zepararé nunca de la zeñorita.» ¡Quién había de penzar que la zeñorita ze iba a vení a Madrid!...

REMED. No se dise Madrid... se dise «cachito de gloria».

JUAN. Po buena eztará la gloria zi ezto es un cachito.

REMED. Vamos, ¡que usté no lo pasa tan mall!...

JUAN. No te digo que argunas veces no ze alegren los ojilloz con laz cozaz que ze ven... pero aluego... cuando me meto en la cama y a mi móo reflexiono... me queo triste.

REMED. ¿Triste, por qué?

JUAN. Porque no jago ná de provecho... En la cama me digo... ¿qué ha jecho hoy, Juan? Limpiar las zillaz... abrir la puerta, dar brillo a laz bota der zeñorito, dar brillo ar zuelo... ¿lo oyés?... ¡ar zuelo!... ná... ná, coza e mujeres... En cambio, en er pueblo toavía no me había echao en la cama... y como eztaba tan canza0 de jacé cozaz de hombrez, me queaba dormío perdío... Cuidá a los animales, zubir talegaz de trigo a la cámara, ir por agua..., ver ar ganao..., coza de machoz, Remedito... ¡coza de machoz...!

REMED. ¡Tonterías! ¡Lo mismo hace usted que mil más en Madrid!

JUAN. Por ezo no me junto con nadie, porque no noz entendemos. Zalgo de pazeo y me voy zolo a buzcá argo que no encuentro.

REMED. ¿Una novia?

JUAN. ¡Qué novia! ¡Er campo! Pero er campo como Dió lo jizo. Cuando dezpuéz de andá callez y callez lleo adonde no hay cazaz...

REMED. ¡Está usté en el campol!..

JUAN. ¡Mentiral!.. ¡Aquí hazta er campo ez mentira! Men-

tira loz arroyoz, mentira laz yerbaz, mentira loz árbolez!... ¡Tó jecho por loz artizta, como le llaman, tóo arreglao como ze arreglaría ezta habitación!...

REMED. Todo lo que usted quiera, pero mire usted la señorita qué contenta está y qué bien que le vá...

JUAN. ¡A media... Remeditos... a media!... Arguna veces me parece a mí que cuando me mira y cuando me habla, que tiene sentimiento y penas porque si no lo tiene, sería una desagradecida... Allí tó ez acordarze de ella; mira laz cartaz que noz ezcriben de allí...

REMED. Sí se acordará... yo también me acuerdo, pero no lloro... Usted figúrese lo que pensará ir otra vez por allí, que hace dos o tres noches le decía al señorito que podía arrendarse la casa grande, porque ya iban menos al pueblo.

JUAN. ¡Arrendar la caza grande, la caza del amo!... Ezo no pué zé... que tú no oíste bien...

REMED. Que sí lo oí bien. El señorito decía que para un café.

JUAN. Pa un café aquella casa... ¡Qué no pué zé!... ¡Qué no pué zé!...

REMED. Allá veremos. (*Suena el timbre de la puerta del piso.*) ¿Quién será?

JUAN. ¿Quién ha de zé?... La zombrerera, o la modizta, o la guantera... o la que arregla las uñaz e las manos o de los pies... ¡Voy!... ¡Voy!... (*Mutis.*)

ESCENA II

REMEDITOS.

REMED. ¡Pobre Juan! Un día se nos va al pueblo y no vuelve más. En cambio, yo cada vez estoy más contenta... (*Canturrea.*) Claro que los bigote retorcio para arriba del chofé del principal tienen su parte de culpa... Pobre Juanillo, ¿qué será de él? (*En el pasillo hablan alto.*) ¡Ah!

¿Quién hablará tan alto?... Del pueblo tiene que ser.

ESCENA III

REEDITOS, JUAN, TRINI, PERICO.

(Trini con su traje lujoso hecho en capital de provincia a una muchacha de pueblo. Pedro, su marido, viste sencillamente, cuello bajo, corbata con su gran alfiler de herradura y gruesa cadena de reloj, de oro.)

TRINI. ¡Remeditos... Remeditos!... ¿Cómo estás? (Le abraza.)

REMED. ¡Señorita Trini!... ¿Usted por Madrid?...

TRINI. ¡Sí! ¿Qué te figurabas?... ¡Yo en Madrid! ¡Mira mi marido!...

REMED. ¿Por fin se casó usted?

TRINI. ¿Has visto?

JUAN. ¡Señorita Trini! Cómo le digo a uzté... que aquí no se habla tan alto como en el pueblo...

TRINI. ¿No, Juan? ¿Y por qué?

JUAN. No zé por qué zará... yo creo que porque ni las palabras caben en estas cazitas con tanto chizmesitos. Allí en er pueblo había caza pa tó...

TRINI. ¡Juan siempre el mismo... con su cuello de señorito!

JUAN. Eso es, de zeñorito; en cuanto llegue al pueblo, ¡vé uzté eze ezcotillo que trae uztél no va a zé ná con el que yo voy a dejarme... Deme uzté (a Perico) la tarjeta.

TRINI. ¡Para qué! Dígale usted que estoy yo aquí y mi marido, o dígame usted dónde está ella... ¡qué abraso nos vamos a dar!

JUAN. Claro que yo le pueo decir que está usté aquí y su marío Don... Don...

PERICO. Pedro López.

TRINI. ¿No se acuerda usted de él?

JUAN. No caigo... no caigo... ¡De Villamagna no ez!...

- PERICO. Soy hijo de aquel don José que labraba el cortijo de Peñaquebrada, que luego se fué a Jerez.
- TRINI. ¡El mismo, señor Juan!
- JUAN. ¡Acabara!... ¡Acabara!... (*Deja la bandeja en que había de pasar la tarjeta en cualquier parte.*) Pero... ¡buen disparate hizo zu padre de uzté!... ¡Dejá un cortijo como el de Peñaquebrá, con un tercio como el de Azebuchar... con aquellas aguas... con aquel cazerío!... No pueo orviá la vez que me mandó el amo viejo a Peñaquebrá...
- REMEDI. Bueno, déjese usted de cuentos del pueblo, y pãse usted la tarjeta del señor. (*Juan recoge la bandeja en la que Perico deposita su tarjeta.*)
- JUAN. Aquí no me dejan ni recordar aquellas cozas... Aquí no ze pué hablá máz que de zombrerillos... (*Mutis.*)

ESCENA IV

Dichos, menos JUAN.

- REMEDI. ¡Cuidao con la zeñorita Trini, cómo se casó!... ¿Y qué hay por el pueblo?
- TRINI. Hija, aquello no está bien; ya tenemos hasta sindicalistas...
- REMEDI. ¡Ay! ¡Como en Madrid!...
- TRINI. A toas partes llegan las modas.

ESCENA V

Dichos y JUAN.

- JUAN. La zeñora ya zale. El zeñó no tardará en vení der Congrezo; aluego ze irán loz doz al teatro o al pazeo...
- TRINI. ¡Hija! ¡Qué buena vida!... No, que en los pueblos...
- REMEDI. ¡Uf, qué aburrimiento! ¡No me hable usted!...
- JUAN. ¡A mí zí!... ¡jábleme usté!
- PERICO. Y a mí. Zapatero, a tus zapatos... Traerme a

Madrid para siempre, quitándome mi labor, mi caballo y mi casino, sería matarme...

ESCENA VI

Dichos y PRESIDENTA, con un elegante traje de calle.

PRESID. ¡Trini! ¡Qué alegría tan grande verte por aquí!...
(*Se besan.*) ¡Conque por fin te casaste!... (*Mu-
tis Juan y Remedios.*)

ESCENA VII

PRESIDENTA, TRINI y PERICO

PERICO. (¡Otro por fin!)

PRESID. ¿Tu marido, verdad?

PERICO. ¡Servidor de usted!

PRESID. ¡Mucho gusto! Siéntense... siéntense... Luis no tardará en llegar... ¡Cuidado con Trini!

PERICO. ¿Por fin se casó, verdad?

PRESID. Si eso... iba a decir... Recibí el parte, pero hija, aquí no hay tiempo para nada... «Mañana, me decía, tengo que comprar el regalo de Trini», y de mañana en mañana, se ha ido pasando el tiempo... De ahora no pasa, así te le llevas, y mejor...

TRINI. No te preocupes...

PRESID. ¡Estás muy guapa!... ¡Oye! ¿Dónde te has hecho este vestido?

TRINI. En Sevilla.

PRESID. A ver, a ver... ¡Psch!... No está mal, pero hijita, hay que desengañarse. En provincias no se puede vestir. ¡Ya ves... Sevilla!... Sin embargo, las modas llegan con un mes de retraso. ¡El *chic*, el *corte de la corte*, sólo aquí!...

TRINI. ¡Vamos, yo me creí que venía tan bien!...

- PRESID. No te digo que estés mal, no; ahora que yo creo que te hubiera caído mejor un traje sastre... porque...
- PÉRICO. ¡Bonita conversación para mí!
- PRESID. ¡Ah! ¡Usted perdone! ¿Y qué me cuentan ustedes de mi pueblo? ¿Quién iba a decirme que iba a llevarme cerca de un año sin verlo?...
- PERICO. Sin verlo, porque los pueblos no andan; si anduvieran, ya hubiera venido con su Iglesia, con sus calles, con los buenos y con los malos, a ver a quien tanto echan de menos...
- PRESID. ¿Tanto se acuerdan de mí?
- TRINI. ¡Tú no te das cuenta! Aquí en tus madriles, siempre de teatros, de paseos, de tiendas, de visitas, poco te puedes acordar.
- PRESID. Verdad que aquí falta tiempo hasta para recordar.
- TRINI. En cambio, allí... es la misma vida, la misma monotonía de siempre, igual aburrimiento que cuando tú estabas, pero con una diferencia... sin tí. Todas tus amigas te recordamos siempre.
- PRESID. ¡Qué buenas sois! ¡Más buenas que yo!
- TRINI. Ni más buenas... ni más malas... Claro que allí hay quien ya dice que tú... que tú...
- PRESID. Que ya no me acuerdo del pueblo en que nací...
- TRINI. Sí, eso dicen. Yo te disculpo... y les digo: «Que nos pongan a nosotros en su lugar, con la vida que lleva, a ver si teníamos ganas de venir a este Villorrio.» A eso me dicen que tú no eras como todas las demás...
- PRESID. Vamos, que a mí había que exigirme cosa distinta...
- PERICO. Sí, señora, ahí está... Ya ve usted que soy forastero y que llegué al pueblo después que usted lo abandonó...
- PRESID. ¡Abandonó!... ¡Abandonó!...
- PERICO. ¡O dejó!... ¡Es igual! Y he visto que tenían a su Presidenta como persona extraordinaria... casi como a una santa... De usted cuentan y no acaban: «Esto lo hizo ella.» «A aquella familia la amparó»... «A este lo vistió.» Ahora ya no ven

más que las obras del Hospital están sin terminar... dicen: «Se fué»... «Ojos que no ven, corazón no siente»...

PRESID. (*Angustiada.*) Las obras del Hospital no están terminadas, pero se terminarán. El que crea que yo no tengo presente a mi pueblo, se equivoca. Lo que pasa es que no se dan cuenta de la vida de Madrid, de lo mucho que se gasta...

PERICO. ¡Inútilmente!...

PRESID. Sí, eso decimos en los pueblos; aquí ya se piensa de otro modo, hay que vestir más, hay teatros, coches, hoteles, magníficos establecimientos... Todas estas cosas son muy agradables y cuestan un ojo de la cara.

TRINI. Todo eso es verdad, pero verdad también que en el pueblo no te olvidan, que no hay quien no lamente tu ausencia...

PRESID. (¡Qué suplicio!)

TRINI. Si vieras a los pobres que no están acogidos a la Conferencia... El otro día me preguntaba una viejecita por tí... y me decía: «Señorita Trini, en casa de la Presidenta ya no dan en los viernes más que una perrilla chica.»

PRESID. Lo mismo que en todas las demás casas...

TRINI. Si ella no lo decía porque fuera más o menos, sino porque no se la dabas tú...

PRESID. Bueno, Trini, no hables más de esto, ¡te lo suplico! Lo que me pasa es muy humano... Allí se creyeron... y es el caso que yo también me lo creí algunas veces, que yo era algo extraordinario, que casi, como dice tu marido, iba para santa... Por todos sentía un cariño grande, ustedes constituían mi familia, ¡érais mi vidual... ¡No conocía otra! En mi alma había un vacío, un vacío natural en una mujer joven, un deseo de reconcentrar todos aquellos pedazos de cariño sueltos en un cariño... Llegó Luis... llenó aquel vacío... y tras él me vine... por él... soy, ya lo sabéis...

TRINI. Sí, muy feliz...

PRESID. Muy feliz... feliz, sí... todo lo feliz que se puede ser en un matrimonio formado por un cortesano

y una mujer... al fin y al cabo pueblerina. Nos vinimos a Madrid porque la suerte lo quiso... y entre Luis y este Madrid, que con sus frivolidades encantadoras se me fué entrando tan adentro, ya ves si hay diferencia...

PERICO. Lástima de planta que cuando empezó a dar flores se arrancó de la maceta...

PRESID. Eso sí... se me arrancó de mi maceta... Ahora, que yo de santa... de extraordinaria, vengo a quedar reducida a una mujer vulgar... una de tantas. Vinimos aquí... con la mejor intención, llenos de ilusiones. Luis, impresionado de nuestro pueblo, de nuestra gente, quizás influido por mí, llegó al Congreso, dispuesto a reñir la batalla en pro de los pobres; este medio ambiente, esta vida de correr que llevamos, en las grandes poblaciones, mató aquella ilusión, aquellos propósitos de Luis, y en mí dejó el dulce y triste recuerdo del amor pasado. La lluvia que tanto me interesaba en el pueblo, porque riega la tierra, aquí casi llega a molestarme porque ensucia la calle. Ya véis, que soy una mujer vulgar y no santa.

PERICO. Porque se trasplantó.

TRINI. La separación trae esos males, porque aquí es difícil hacerse cargo de lo que pasa allí.

PRESID. Por lo demás, yo soy la misma. Ya véis, cobro la misma renta que antes, cuando todos los demás propietarios las han subido.

TRINI. Así es.

PERICO. A propósito de rentas. Además de conocer a usted, yo traigo a Madrid el proponer a ustedes un negocio. Si don Luis tarda poco.

PRESID. Poco puede tardar.

PERICO. Verá usted el negocio. Yo me quedo con todas sus tierras y con la casa grande, y les doy quince mil pesetas más de rentas de las que cobran hoy.

PRESID. Sí... dá usted... quince mil pesetas al año, mil doscientas cincuenta al mes...

PERICO. Eso es.

- PRESID. ¿Y cómo se las puede usted arreglar para llegar a esa renta?
- PERICO. Muy sencillo, subiendo yo luego la renta a los pequeños colonos.
- PRESID. (*Se levanta.*) ¡No, de ningún modo! Subir las rentas a los pobres colonos... ¡No!...
- PERICO. Como usted quiera. De otra forma tendría yo que labrarlas y despedirles...
- PRESID. ¡Eso tampoco!
- PERICO. Entonces, sería regalarles tres mil duros. (*Llaman al timbre con tres toques.*)
- PRESID. Es Luis. En fin, ahora se lo dice usted, que es mi marido...

ESCENA VIII

Dichos y LUIS.

- LUIS. ¡Hola, monina! ¿He tardado mucho? (*Saluda ceremoniosamente a Trini y a Perico.*)
- PRESID. ¿No te acuerdas? Es Trini, mi paisana, la Secretaria de la Conferencia.
- LUIS. ¡Ah! ¡Perdone usted! ¡No la había conocido! (*Le da la mano.*)
- PRESID. Su marido, don Pedro López.
- LUIS. ¡Mucho gusto! (*Se dan la mano.*) ¡Siéntense, siéntense! (*Se sientan todos.*) ¿Qué hay por nuestro pueblo? ¿Qué tal ese campo?
- PERICO. El campo bueno, pero los hombres malos.
- LUIS. Lo principal es que el campo esté bien, que se coja con abundancia, para que se paguen las rentas. ¿Verdad, rica?
- PRESID. Eso es, para que puedan pagar bien las rentas...
- TRINI. De rentas hablábamos cuando usted llegó.
- PERICO. Proponía a su señora un negocio que no se ha atrevido a aceptar ni a rechazar del todo sin usted.
- LUIS. Veamos de qué se trata.

- PRESID. El señor López nos propone que en conjunto le arrendemos todas las tierras y la casa, dándonos de renta quince mil pesetas más de lo que hoy cobramos.
- LUIS. Aceptado, entonces; completamente aceptado.
- PRESID. (*Con timidez.*) Es... Luis... que para darnos el señor López esas quince mil pesetas, tiene que subir las rentas actuales a nuestros colonos de siempre.
- LUIS. Naturalmente que esto tendrá que hacer, o labrarlas por su cuenta. Regalar quince mil pesetas, no creo que nadie las regale.
- PRESID. Si las labra él, tiene que despedir a mis colonos. Ello me es doloroso. Y no es decir que no... a lo que tú digas, es sólo para que te fijes.
- PERICO. ¡Eso es, piénselo usted!
- TRINI. Nosotros no tenemos gran interés. Si lo hacéis, bien; y si no, tan amigos como antes.
- LUIS. ¿Fijarme? ¿Para qué? El asunto, tal cual se ha planteado, no envuelve ya el dilema de todos los asuntos de la vida, el «me conviene» o «no me conviene», «acertaré» o «no acertaré»; si acaso, es un dilema sentimental, romántico; en términos concretos, «queremos o no queremos regalar tres mil duros anuales». ¡Tú verás, tú verás! No quiero que se diga que te violento para dejar de hacer un bien.
- PRESÍ. No es hacer un bien, Luis. Es quizás dejar de hacer un mal.
- LUIS. Llámele hache. Nadie como yo tuvo más ilusiones para realizar el bien o parar evitar peores males, como quieras, cuando aquí vinimos y conseguí el acta de Diputado. Mi cabeza era un hervidero de proyectos, de ideas nobles y democráticas, de ideas cristianas; pero hija, el bufet, el pasillo y hasta el mismo salón de sesiones, han ido apagando mi fuego, mi amor al prójimo. Tú no sabes el daño que hace a un Diputado novel el golpecito en la espada del viejo político, con frasecitas como ésta: «¡déjese usted de tonterías, que no se lo agradece nadie!» Tengo la seguri-

dad de que nuestro desinteresado ejemplo, si prescindimos de esa renta, nadie lo seguiría, el mundo seguiría lo mismo, y a nosotros nos llamarían tontos...

PERICO. Esa es la pura... En este mundo, siempre, y ahora más, cada uno ha ido siempre a su avío...

LUIS. Y que ir, como usted dice, a su avío, es ir lógica y necesariamente al desavío de los demás... Fíjate (*a Isabel*), ¿qué consideraciones nos guardan el casero, la modista, el carnicero, el verdulero, el de la tienda... y cuantos menestrales, comerciantes e industriales necesitamos?... ¿No nos suben los precios en cuanto pueden?

PRESID. ¡Es el caso... que como nosotros vivimos bien!...

LUIS. Bien, relativamente bien... Bien, muy bien en relación al vecino del sótano; pero regular, en relación al señor del hotel de enfrente. Esas quince mil pesetas nos permitirían un precioso auto...

PRESID. Sin auto podemos pasar...

LUIS. Claro que podemos pasar, como ahora podíamos pasar sin estas chucherías, sin la calefacción central... Con un brasero se calentaban nuestros antecesores, sin ascensor, sin cuartos de baño... ¿Te atreverías tú a buscar ahora casa sin estas comodidades?

PRESID. ¡En un buen término consiste la virtud!...

LUIS. ¿Y cuál es ese buen término? ¿Dónde está la línea divisoria?

PRESID. En contentarnos con lo que tenemos.

LUIS. Estamos conformes. El señor nos ofrece por lo que es nuestro tres mil duros; contentémonos, por lo pronto, con eso que tenemos..., es decir, con esos tres mil duros... En fin, piénsalo; yo creo que más claro no puede estar.

PERICO. Piénselo usted bien... No es puñalada de pícaro. (*Se levantan.*) Nosotros, con permiso de ustedes, nos retiramos. No cansamos más. Mañana y pasado estaremos en Madrid para que lo vea Trini estos dos días más. Usted lo piensa, ya volveremos a despedirnos y puede usted contestarnos...

- TRINI. Eso es, mañana o pasado y así te veo otra vez.
PRESID. Y con mucha alegría por mi parte.
PERICO. Don Luis, usted lo pase bien.
PRESID. ¿Pero te vas sin darme un beso?
TRINI. Adiós, ingrata.
PRESID. ¡Este beso para mi pueblo!
TRINI. ¡Gracias, gracias!...
LUIS. ¡Adiós, señor López!
PERICO. No se molesten...
LUIS. No faltaba más. (*Acompañándoles por el foro.*)
LUIS. Trini siempre tan simpática... ¡Y su marido es listo!...
PRESID. (*Distraída.*) ¡Sí!...
LUIS. Qué... ¿no salimos esta tarde?
PRESID. Estaba vestida, pero ya no salgo.
LUIS. ¿No tienes humor?
PRESID. ¡Esa es la verdad!...
LUIS. ¿Es que se ha agudizado con la visita la nostalgia del pueblo?
PRESID. ¡Acordarme del pueblo, sí; nostalgia estando contigo, no!...
LUIS. La cosa no tiene importancia, se trata, al fin, que esos colonos en vez de pagar dos fanegas de renta, paguen cuatro. Total diez duros más al año.
PRESID. ¡Diez duros!... Diez duros son los zapatos de los chicos, el sombrero del padre y el mantón de la mujer. Aquí en Madrid, entre nosotros, diez duros no valen nada. Una hora de auto... una comida... un bote de esencia... Allí, para aquellas familias, diez duros... son diez duros, que si se gastan, se gastan bien, y que si no se gastan se ahorran con alegría. La mujer los cuenta y los recuenta, y muy liados en un pañuelo van al rincón del arca... «Para si nos ponemos malos.» «Para ir haciendo la ropa a la niña que ya quiere casarse.»
LUIS. ¡Hoy te sentiste Presidental!
PRESID. No, Luis, dejemos esta cuestión. Tu voluntad es la mía... ¿Quieres que diga que sí? Pues sí. Mañana digo a López que aceptamos su proposi-

ción, y a seguir la corriente, a disfrutar lo que se pueda... que es para lo que hemos venido a este mundo. ¿No es así?

LUIS. Oye, que yo no quiero disgustarte... Que yo te quiero mucho.

PRESID. ¡Pues... si yo no te quisiera... lo haría!... ¡Lo haría! Lucho... porque tú ya te figurarás que yo... no vuelvo al pueblo...

LUIS. ¿Por qué no?

PRESID. Jamás, jamás. Yo no podría resistir las miradas de mis paisanos. No he podido sustraerme por tí y por cuanto nos rodea a la corriente del mundo, porque no la veo, porque no los siento... Siempre los ví mirándome como tú viste que me miraban...

LUIS. Bueno, déjate de recuerdos...

PRESID. ¿Cómo resistir la mirada del odio? ¡Jamás! Mi pecado necesita un castigo... y ese castigo es horrible... porque es el destierro de la dulce patria chica... *(Llora.)*

LUIS. Vamos, y no seas tonta. Convéncete que todo el mundo lo hace... Oye... yo excluiría del arriendo a López una finca.

PRESID. ¿Cuál?

LUIS. La huerta de Julia... que tú arrendastes a mi presencia para enamorarme... ¿te acuerdas?

PRESID. Gracias, Luis, gracias, esa huerta, no... Que si quiera ellos no nos odien. Ea... vete... vete, ya estoy tranquila...

LUIS. Un beso y a tranquilizarte... El mundo es así. *(Mutis Luis.)*

ESCENA XII

PRESIDENTA

PRESID. Mi último día de Presidenta... Ahora a gozar... a gozar.

ESCENA XIII

PRESIDENTA, JUAN.

JUAN. ¡Zeñorital (*Gritando.*)

PRESID. ¡Juan!

JUAN. ¿Qué le paza, zeñorita?

PRESID. Nada...

JUAN. Yo venía por si se le ocurría algo...

PRESID. Tengo que darte una noticia.

JUAN. Usted dirá...

PRESID. Voy a arrendar las tierras y la casa al señor López, al marido de la señorita Trini...

JUAN. ¿También la caza, zeñorita?... ¡Pienze usted!

PRESID. No quiero pensar nada... Me dá quince mil pesetas más de rentas... Ya ves que no es de desperdiciar. Arrendada la casa... ya no pienso volver al pueblo... ¡a mi pueblo!, en el que ya no me querrán... Comprendo que esto no puede gustarte... quedas en libertad para hacer lo que te parezca.

JUAN. ¿Me dezpide usted?

PRESID. ¡Jamás!... Soy yo la que cree que ya no quieres estar conmigo...

JUAN. Zeñorita... yo tampoco voy más al pueblo... ziempre con usted, buena o mala, con uzté... En aquel pueblo yo levantaba la cabeza hasta el cielo porque era el criado de la Presidenta, a la que tós querían...; si fuera ahora... el pueblo se me vendría encima... porque aquellas bendiciones que escuchaba...

PRESID. ¡Cállate, Juan!...

JUAN. Y tós cometerían una injusticia, porque uzté no es la mala... en su mal de uzté tóz tenemos parte... porque tóz vamo a nuestro avío... Y na más... a vivir en Madrid, es decir, condena a cuello perpetuo... (*La Presidenta se sienta y llora.*)

ESCENA XIV

Dichos y REMEDITOS.

- REMEDI. ¿Qué le pasa a usted, señorita?
PRESID. ¡Nada!
JUAN. Nada, que ez buena... Zi no lo fuera no lloraba...
PRESID. ¡Ya no vamos más al pueblo... Remeditos!...
REMEDI. ¡Ay qué alegría, señorita!...
PRESID. ¡Ay qué pena, Remeditos!...

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

Precio: 2,75 pesetas.
